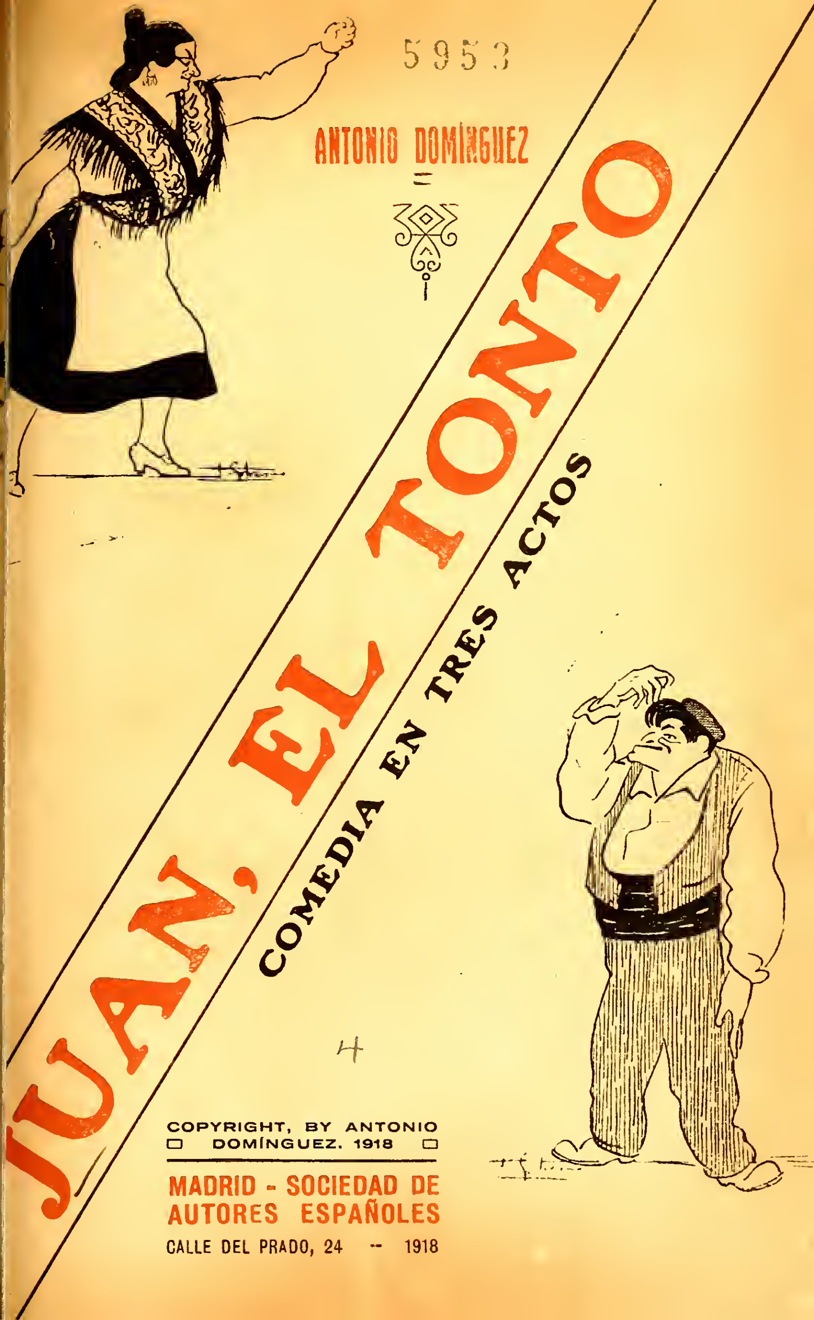

5953
ANTONIO DOMÍNGUEZ
JUAN, EL TONTO
COMEDIA EN TRES ACTOS
4
COPYRIGHT, BY ANTONIO DOMÍNGUEZ. 1918
MADRID - SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
CALLE DEL PRADO, 24 -- 1918



ANTONIO DOMÍNGUEZ

JUAN, EL TONTO

COMEDIA ORIGINAL
EN TRES ACTOS

ESTRENADA EL 25 DE ENERO DE 1918 EN EL
TEATRO ESPAÑOL

MADRID
IMPRENTA DE J. LÓPEZ
San Bernardo, 19 y 21

1918

REPARTO

Rosa Clavel	SRA. COBEÑA.
Bernarda	„ CALDERÓN.
La Pompadour	SRTA. CUEVAS (CARMEN).
La Montespán	„ PÉREZ LUQUE.
La hija del Juez	„ CUEVAS (MARÍA).
Juan	SR. MONTERO.
El tío Víctor	„ MARTÍ.
Arturito	„ GONZÁLEZ MARÍN.
El Teniente	„ COBEÑA.
Mártir	„ TRESCOLÍ.
Braulio	„ PERALES.
Casildo	„ RODRÍGUEZ.
Federico	„ CANTALAPIEDRA.
El Pampalpó	„ CANTALAPIEDRA.
Arenillas	„ MÉNDEZ.
El Juez municipal	„ MORENO.
Un mozo	„ ARENAS.

Mozos, Dos guardias civiles, Teniente Alcalde, Concejales, Alguacil, Hombres y Mujeres del pueblo, Músicos

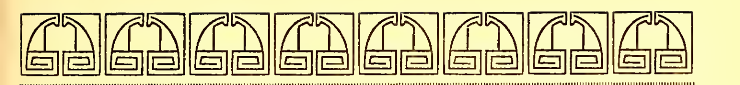
LA ACCIÓN EN VILLAPOL, VILLA ESPAÑOLA DE ESCASO VECINDARIO.—ÉPOCA ACTUAL.—DERECHA E IZQUIERDA DEL ACTOR



Para el Ilustre Magistrado del Tribunal Supremo y Senador del Reino, ***Excmo. Sr. D. Francisco de P. Mifsut y Macón,*** *mi jefe y amigo,*

ANTONIO DOMÍNGUEZ





ACTO PRIMERO

De noche.—Café de pueblo. Al foro gran puerta (puede ser en forma de arco), tras de la cual se ve la Plaza de la Constitución, con su Ayuntamiento y—en medio de ella—un diminuto obelisco. Cubriendo en gran parte el lado derecho del café, vistosa anaquelería; ante ella, como con un metro de separación, el mostrador. Una larga mesa de madera con su banco (también de madera), ocupa la mayor parte de la lateral izquierda frente a la anaquelería. En los primeros términos, tanto de la derecha como de la izquierda, puertas de una hoja, de tamaño corriente. Varias mesas de hierro y alguna de mármol; veladores, sillas y banquetas.

ESCENA PRIMERA

Juan, el tío Víctor, el Teniente, Mártir, Braulio, Casildo, Algunos hombres más del pueblo

El tío Víctor, el Teniente (ya madurito, pues pertenece a la escala de reserva; va de paisano), Mártir y Casildo juegan a las cartas, en una de las mesas del lado derecho. Algunos hombres del pueblo están aquí y allá, de pie, sentados y medio echados; unos charlan, otros juegan, alguno pasea por el interior del café, pero ninguno hace gasto. Juan, inexpresivo e indiferente, hállase tumbado en el largo banco de la izquierda. El tío Víctor juega de compañero con Casildo, colocados por tanto frente a frente. Casildo, señorito, viste con pulcritud, como de capital. El Teniente juega de compañero con Mártir,

que es el dueño del café y camarero. Al empezar la escena, Braulio, en otra mesa, juega al dominó con varios mozos.

Teniente.—Parece que se da mal, tío Víctor.

Víctor.—No se da muy granao, no.

Mártir.—(*Tirando una carta fuertemente.)* Pues... ¡suelte usted toa la paja!

Teniente.—*(También arrojando violentamente su carta.)* ¡Y por si alguna le queda!... *(Terminado este juego, ganando el Teniente y Mártir, dispónense a jugar otro.)*

Víctor.—No se ponga usted tan valiente, don Jerónimo (*por el Teniente*), que ayer le gané yo.

Mártir.—Y hoy le gana a usted el señor Teniente. Eso es que tien ustés las fuerzas quiparás; y, como suerte en juego quita suerte en amores, ello dice que la viuda... (*Mártir vuelve la cabeza discretamente, y al ver a Braulio que, dejando su partida, se ha ido aproximando, calla.)*

(*Pausa.*)

Teniente.—Sigue, hombre. ¿Te ha dado un paralís? (*Arrostrando, como valiente militar, la conversación.)*

Víctor.—(*Procurando rehuirla.)* Bueno, bueno...

Braulio.— (*Continuando la frase comenzada por Mártir.)* Que la viuda el un día se peina pa el uno (*por el Teniente*), y el otro pa el otro (*por el tío Víctor*); ¿no es así?

Mártir.—O suspirará por ti; que antiguos amores y viejos tizones se encienden presto en todas estaciones.

Casildo.—(¡Ya empezamos con los refranes!) Estaría mal exponer a un mozo como Braulio a que le dieran cencerrada, si se casaba con viuda.

Víctor.—Eso dicen que te dijo *(por Braulio)* cuando te

dijo que toas las calles del pueblo eran tuyas, por ser tu padre alcalde; pero que la suya... ¡era suya!

Braulio.—Usted no pué saber lo que me dijo, tío Víctor, que estábamos ella y yo, bien solitos...

Teniente.—¡Y la Bernarda!

Braulio.—Bueno; la criada...

Teniente.—Criada y todo..., ¡tiene ojos!

Víctor.—¡Y... es persona humana!

Casildo.—No riñan ustedes por la viuda, que ni está por los señores maduros...

Víctor.—Tan arrugaos no estamos ni el señor Teniente ni yo, ni ella es tan nueva... Y aun aunque..., que bien hace la moza lozana cabe la barba cana.

Casildo.—¿No saben ustedes hablar más que por refranes? (*por Víctor y Mártir*), que parecen uno y otro Sancho Panza.

Víctor.—Más vale ser Panza que Quijada.

Casildo.—(¡Oh, los refranes!... ¡Qué asco de pueblos!...)

Mártir.—En medio de too, tie razón Casildo, que si se ha de ecir verdá, la viuda no parece viuda; no quié otro marido. Y es porque al suyo... ¡Lástima de hombre, que bien rebusto estaba!

Víctor.—Bueno estaba y se murió.

Mártir.—Se murió porque, cuando cayó enfermo, estaban en el pueblo los dos médicos. ¡Lástima que no hubiean estao en el coto cazando, como siempre, que no hubiean matao más que perdices y conejos!

Casildo.—La verdad es que en mala hora cayó enfermo el pobre hombre; ¡estar aquí los médicos!

Mártir.—¡Y los dos!

Víctor.—¡Y que murió a las dos recetas!

Mártir.—Pues con su marido habla ella toas las noches...

Casildo.—¿Ahora, brujerías?... Bueno; las prefiero a los refranes.

Mártir.—Y por eso no quié otro hombre, ¡tan tentaora como está en toavía!...

Teniente.—¡Huy, ya lo creo!

Víctor.—Como viña en camino.

Mártir.—Y siempre pensando en la política... ¿Es eso propio del natural de la persona de las mujeres, y menos, guapas? ¡El alma de su defunto es quien lo hace! Él la ve toas las noches y la dice lo que tie que hacer al día siguiente; lo que haría él en su persona, si estuviera vivo... Y así, aunque él muerto, sigue el matrimonio, él cumpliendo su voluntad, y estando juntos...; en fin, como antes, la mujer y el fantasma.

(Braulio ha vuelto adonde estaba, reanudando la partida).

Casildo.—Bueno, bueno; suprime esas consejas ridículas.

Mártir.—¿Te hago miedo?

Casildo.—¡Qué me vas a hacer tú a mí!...

Teniente.—Sí; ahora, todos en reunión, bueno; pero luego se va cada uno a su casa, y si se acuerda uno de la conversación...

Braulio.—Pues... me parece que a ese muerto y a esa viva les estropeo yo toa la maraña que se traigan; porque poco hemos de poder, o Arturito sale diputao.

Mártir.—Miá que entre el muerto y la viva mandan mucha fuerza en el distrito.

Braulio.—Más fuerza manda mi padre, que es alcalde, y otros...

Víctor.—Cuenta con que en eso de las eleciones, los muertos tienen mucha importancia.

Braulio.—¡Ah! ¿Es que na más que ese muerto va a votar?

Teniente.—Mira que la viuda es muy rica; paga más cédula que el juez de instrucción.

Braulio.—Más ricos somos nosotros que tenemos too el presupuesto del Ayuntamiento.

Víctor.-¡Parece mentira *(levantándose airado)* que haya en el pueblo quien defienda a Arturito, que tanto favor les ha hecho siempre a los de Romerales; él y su padre!

Braulio.—Eso no lo diga usted, ¿y a los de Villapol, no nos ha favorecío? *(También airado, acercándose al tío Víctor.)*

Víctor.—¿Nos hizo las escuelas? *(Se han levantado todos, cesando las partidas; la discusión continúa en tonos agrios).*

Braulio.—Si no pudo ser lo de las escuelas, en cambio nos dieron para la villa el título de "Mu noble y mu heroica."

Víctor.—Echaremos gallina al puchero... ¿Nos hicieron los abrevaderos, que tanta falta nos hacían?

Braulio.—Pero nos van a dar el título de "Ciudad".

Víctor.—¡Será más grande el pueblo por eso!

Braulio.—A usté lo que le pasa es que se quié casar con la señá Rosa, y por eso le parece mal Arturito, que es su enemigo.

Víctor.—¡Y a ti que estás despechao!

Teniente.—*(Interponiéndose.)* Bueno, señores;... que no haya guerra.

Víctor.—Yo lo que no puedo es ver que delante e mi se hable bien de quien favorece a los de Romerales; aunque alguien nos haga bien a nosotros los de Villapol, si se lo hace también a los de Romerales, pa mí ha perdío too el mérito. Y que precisamente sean... *(Por Braulio.)*

Casildo.—Lleva razón el tío Víctor. Arturito les hace más caso a ellos que a nosotros; y su padre hacía lo mismo. Y aquello de que, al poner por aquí el ferrocarril, tendieran la vía por Romerales, y nos quedáramos nosotros sin estación...

Víctor y varios.—¡Eso, eso! (*Óyese llegar un automóvil.*)

Mártir.—¡Calla! Un auto...

Teniente.—Pára. (*El ruido ha cesado.*)

Mártir.—Parroquia tenemos.

Casildo.—¡Es él! (*Desde la puerta del foro.*)

Teniente.—¿Él? (*Sin entender*).

Casildo.—Arturito, con más gente.

Mártir.—¡Caray; Arturito!... (*Sale apresurado a la plaza.*)

Braulio.—¡Chicos! Vamos a salir a gritarle: ¡Viva nuestro diputao! (*Sale también, y síguenle algunos.*)

(*Toda la concurrencia del café se ha dividido en dos bandos, partidarios y enemigos de Arturito; los partidarios han salido, con Braulio a la cabeza, a vitorear a Arturito en la plaza; los contrarios han quedado en el café agrupados al tío Víctor y Casildo. El Teniente, aunque desafecto a Arturito, tiene que mostrar imparcialidad, a causa de su cargo. Mártir se afanará por servir lo mejor que sabe a los viajeros.*)

Víctor.—Diputao... ¡Lo veremos eso!

ESCENA II

Dichos, la Pompadour, la Montespán, Arturito, Federico y Arenillas

Braulio.—¡Viva el diputao!

Voces.—¡Viva!

Un mozo.—¡Viva don Arturito Garriga, hijo!

Voces.—¡Viva!

Braulio.—¡Y su padre! *(Todo esto se dice en la plaza. Circundados de los curiosos y parciales, entran en el café la Pompadour, la Montespán, Federico y Arturito, vestidos con todo el lujo compatible con una tenue de viaje. Arenillas, un tanto remendado, desdice del conjunto.)*

Arturito.—Señores, señores... Teniente, señor Víctor Aceña... *(Da la mano a diestro y siniestro, sin quitarse los guantes.)* (Papá me encargó que les diera la mano a todos.) *(Sonríe, va y viene; si descubre al otro extremo del local a alguien a quien no haya otorgado el honor de su mano, llega hasta él solícito, atropellándolo todo, y se la estrecha efusivamente, aunque la postura sea violenta, repartiendo por igual el pan de su amabilidad y deferencia, sin dejar preterido a uno solo de cuantos ve. Termina este mareante manoteo yendo a dar la mano a uno que está en el más apartado rincón y distraído, y procede a hacer la presentación de sus compañeros de viaje.)* Presento a ustedes a mis secretarios particulares, los señores don Federico Carvajal, un noble de los viejos...

Braulio.—(¡Y parecía joven!)

Arturito.—Y literato, de los que viven la literatura y literaturizan la vida. *(A Federico.)* ¿Se dice así?

Federico.—No, hombre, no.

Arturito. — *(Continuando la presentación.)* Secretario particular mío. Don Celestino Arenillas, probo funcionario del Estado...

Arenillas.—Veintisiete años de servicios.

Arturito.—También secretario mío; más particular, si cabe.

Teniente.—*(Bajo a Víctor.)* ¡Qué bárbaro! ¡Cuánto secretario!

Víctor.—*(Bajo al Teniente.)* No se dará él buena maña pa escribir...

Arturito.—*(Concluyendo de presentar.)* Las dos esposas... (¡Si papá se entera de esto!)

Braulio.—*(A los de su grupo.)* ¡Secretarias y to que tiene!

Arturito.—No han querido separarse de sus esposos... ¡Recién casadas, que están!... Ni ellos... ¿Qué hacen los recién casados, sin costillas? *(En tono parlamentario.)* Señores... *(Aparte a Federico.)* ¿Te parece que les empiece ya los discursos?

Federico.—Convídalos antes.

Arturito.—Señores: el amigo Mártir...

Mártir.—Usted dirá.

Arturito.—Servirá tortas y vino a todos. ¿Tienes buen vino?

Mártir.—Superior, y tortas calentitas.

Arturito.—Y el que no quiera vino y tortas, que coma y beba otra cosa, lo que quiera.

Braulio.—¡Qué bien habla! (*Briosamente.)* ¡Viva el diputao!

Voces intensas.—¡Viva!

Pompadour.—¿Notas que el viva es ahora más nutrido?

Federico.—Con esperanzas de nutrirse. (*Gran animación. Todos se disponen a comer y beber. Mártir trae bandejas de tortas y empieza a descorchar botellas y más botellas. Se come y se bebe. Juan, rebulle, come y bebe y se vuelve a echar. Arturito, sobre una silla, perora.*)

Arturito.—Señores...

Víctor.—*(Que está en grupo con Casildo y el Teniente.)* Yo me iba a marchar.

Teniente.—Y yo también.

Casildo.—¡Tendremos que aguantarle la perorata!

Arturito.—Señores: El partido constitucional monárquico, al que tengo la honra de pertenecer, es el que nos brinda con su ejemplo la Naturaleza. Sabido es que el hombre es el rey constitucional de la Creación; manda, pero no gobierna; digo, gobierna, pero la Creación no le hace caso; es decir... Bueno, lo de los reyes constitucionales. *(Pausa.)* Ese pan... ese pan... y ese vino que os ofrezco, sean nueva forma de comunión entre nosotros, sea...

Federico.—(*Bajo a Arturito, interrumpiéndole.*) Sea breve tu discurso, dice Horacio.

Arturito.—Así sea. *(Cortando la peroración.)*

Varios.—¡Bravo, bravo!

Federico.—Les iba a quitar el buen efecto de la cena. *(Mártir, aprovechándose, junta con las botellas que realmente ha descorchado, otras que estaban ya vacías, que saca de la habitación que se supone en la lateral izquierda, y las coloca entre las primeras, como si todas correspondiesen al gasto de Arturito.)*

Mártir.—(¡Total, por unas cuantas botellas más que pague, no se arruinará!) *(Hasta poco antes del mutis de Víctor y demás, Mártir repite este juego dos o tres veces.)*

Casildo.—(*A Víctor y Teniente.*) Yo desfilo. *(Despidiéndose de Arturito, fríamente.)* Señor Garriga: hasta ahora no había tenido ocasión de saludarle nunca. Usted me manda. Casildo Iturrioz...

Arturito.—(Este creo que vota por el contrario.) *(Bajo.)* Arenillas: mire usted en el libro negro... *(Arenillas lleva una gran cartera con documentos y dos cuadernos, uno blanco y otro negro.)*

Arenillas.—*(Después de hojear el cuaderno negro, que será de los que siguen orden alfabético, con registros o indicaciones marginales.)* Sí está; y ha puesto papá de su letra: Siente simpatías caballerescas por la viuda; muy peligroso.

Arturito.—(¡Huy, muy peligroso!...) *(Abrazándole.)* Querido Iturrioz...

Teniente.—(*Bajo, pero lo oye Mártir, que en aquel momento está cerca de él.*) ¡Qué modo de pescar un voto!

Mártir.—Pescador que pesca un pez, pescador es.

Arturito.—¡Tantos recados que traigo de mi padre para usted! (*Abrazándole de nuevo.*) Tengo que ir a su casa.

Casildo.—Cuando usted quiera.

Teniente.—También yo me voy.

Víctor.—Y yo. (*Medio mutis foro, Víctor, Teniente y Casildo*).

Arturito.—¡Un momento! (*Páranse.*) (Papá me dijo que ensalzara a cada uno, según su oficio.) (*En tono discursivo.*) No desaparecerán ustedes sin que yo les haya tributado el homenaje debido a los tres... por mitad. (*Con arranque oratorio.*) ¿Qué es el tío Víctor Aceña, me vote o no me vote?: la agricultura, la tierra, que es la madre. (*Estrechando la mano del tío Víctor.*) ¿Qué es mi siempre amigo el teniente de esta línea don Jerónimo Utrilla?: el vigor de las armas, el padre. (*Estrecha la mano al Teniente.*) Y don Casildo Iturrioz, hombre de carrera que no ejerce, ¿qué es?: la quietud, el descanso, el *dolce far niente,* que decían los... romanos, la base de toda la política, de toda la vida social de España, nada menos. (*Da la mano a Casildo.*)

Víctor.—(*Con la mano dolorida.*) (Estos señoritos de ahora, con esos juegos que han sacao, nos ganan a los labradores...)

Mártir.—*(Que sigue descorchando botellas, sin descanso.)* Otra copita, antes de marchar. *(Beben el tío Víctor, el Teniente y Casildo.)*

Casildo.—*(A Arturito.)* Es usted demostenesco.

Teniente.—Repetiré esas frases tan... gallardas, a la fuerza a mis órdenes.

Víctor.—Yo siento no poderle a (*a Arturito)* usté pagar. No tengo palabras, ¿cómo voy a pagar palabras?

Arturito.—Nada, nada; estoy pagado por todo.

Casildo.—(*Por el Teniente y Víctor.)* Yo les acompaño a ustedes, por si acaso; entre rivales... ¡Ni sé cómo van juntos!

Víctor.—Llevamos el mismo camino.

Casildo.—¡Ya, ya! Ya sé que llevan ustedes el mismo camino...

Teniente.—(*Por Víctor.)* (Este infeliz creerá que Rosa...) *(Cogiéndole del brazo.)* (¡Pobrecillo, le tengo preso!) ¿Vamos, tío Víctor?

Víctor.—Sí, vamos. (*Por el Teniente.)* (Este pobre hombre se figura que... Le tengo bajo mi trillo.) Vamos.

Teniente.—Vamos. *(Mutis foro Víctor, Teniente y Casildo. Vanse con ellos los contrarios a Arturito).*

ESCENA III

Dichos, menos **Víctor, Teniente, Casildo** y **Varios más**

Arturito.—*(A Braulio.)* Ahora me falta hacer tu elogio y el de Mártir.

Mártir.—No se moleste usted.

Braulio.—Con nosotros, sus amigos de verdad, está

usté cumplido. A ésos *(por los que se han ido)* es a los que tenía usté que engañar. Pero que ha hablao usté muy rebién, don Arturito; se ve que tie usted talento. Ha salío usted más a su padre que a su madre. ¡Ahora coba en ellos, y luego palo!

Arturito. ¡Ja, ja! ¡Cómo me entiendes!... Bebe más.

Braulio.—¡Chicos, beber! (*Se bebe nuevamente. Anímanse también los viajeros y viajeras, y beben. Mártir tiene ya un verdadero almacén de botellas vacías en un rincón.*)

Arturito.—Pero no me quitas el gusto de hacer tu panegírico, Braulio; tú, que eres el hijo del representante de mi padre...

Braulio.—Hágame usté lo que quiera.

Arturito.—¿Tú sabes lo que representas?

Braulio.—Yo, no señor.

Arturito.—Yo, sí; no olvido que es tu padre el tratante en caballerías más importante del distrito. ¡Tú, Braulio, representas a los animales, a los cuadrúpedos, que tanto ayudan a la labor del hombre!

Varios.—¡Muy bien!

Arturito.—¿Y tú, Mártir? Tú representas el café, que nos recuerda a América, a Colón..., la tertulia sabrosa...

Braulio.—Sí, más sabrosa que el café.

Arturito.—La higiene, por el billar. (*Quédase pensativo.*) Me parece que ya no representas más cosas.

Mártir.—No, señor, no; muchas gracias. Déjelo usted ya.

Braulio.—(*Bajo a Mártir.*) Si viera las botellas que le has colao de matute, te diría que representas a Luis Candelas.

Mártir.—(¡Ya lo han notao!) Bueno, hale, marcharse ya... ¿No bebéis más? Pues marcharse ya, que molestáis al señor candidato y secretaría...

Arturito.—No los eches, Mártir.

Mártir.—Sí, señor; que tienen que ir de ronda. ¿Verdá, Braulio?

Braulio.—A cantar a las mozas.

Arturito.—¡Ah! Entonces, sí...

Braulio.—¡Chicos!... Pa despedida: ¡Viva nuestro diputao!

Voces.—(*Sin intensidad.*) ¡Viva!

Federico.—Parece que no vitorean con tanta gana.

Pompadour.—Claro; ya ¿qué ganas van a tener?

Arturito.—¡Gracias, gracias! (*Despídelos, a la puerta. Mutis foro Braulio y demás individuos del pueblo.*)

ESCENA IV

La Pompadour, la Montespán, Arturito, Federico, Arenillas, Juan, Mártir

Mártir.—(*Después de contar las botellas vacías.*) ¡Vaya! Ya están ustedes solos. (*Cierra la puerta del foro.*)

Pompadour.—¡Qué gusto!

Montespán.—¡Hija, yo estaba sacrificá! (*Despójanse de los guardapolvos, sacan espejitos y polveras, atúsanse, etc., etc.*)

Arenillas.—Olvida usted, don Arturito, mandar que nos sirvan en seguida la cena.

Arturito.—No hay prisa.

Arenillas.—Sí, que mañana vence mi licencia.

Montespán.—¿Qué dice usted, simpático?

Arenillas.—Que se me acaba la licencia.

Pompadour.—¡Ya lo vemos, ya!

Arturito.—(*Sin atender a Arenillas, notando la presen-*

cia de Juan tumbado sobre el banco.) ¡Aquí hay un hombre!

Mártir.—(*Acercándose a ver.*) Es Juan, el Tonto; éste no les estorba a ustedes. Es desmemoriao; y a la que oye una cosa, se le olvida si no lo está repitiendo... Pero, si quién ustedes, lo echo también.

Federico.—¡No; qué diparate! Un tonto de pueblo; un verdadero hallazgo. Nos divertirá. (*A Juan.*) ¡Eh, buen amigo!...

Juan.—¿Qué?

Mártir.—¿Lo ven ustés? Un cuerpo muerto... Ha estao ahí toa la noche; pues, ni se habrá dao cuenta..., ni habrá apreciao los discursos de usté.

Federico.—¡Qué lástima!

Mártir.—Na más rebulló cuando traje las tortas y el vino; comió, bebió y se echó otra vez, sin dar ni las gracias. ¡Un tonto más grande!... Y, ¡las cosas que pasan!; es concejal.

Federico.—Concejal y tonto... ¡Una perla! Nunca crei que se pudiera ser sino concejal y listo.

Mártir.—¡Eh, señor Juan; salude usted!

Pompadour.—Bueno, dejarse de tonterías y vamos a cenar.

Mártir.—Ya está la mujer preparándoles lo que había; tendrán ustés que dispensar... Pa mañana sí que les prometo una cazuela de arroz como el Arca de Noé, que tenga un par de animales de ca especie. De seguida traigo la cena. (*Mutis derecha.*)

Arturito.—Muy bien, Mártir, muy bien.

Federico.—¿Eh? ¿Quiere usted cenar?

Juan.—¿Eh?

Federico.—¿Que si quiere usted comer?

Juan.—¿Comer? Bueno. (*Se acerca.*)

Arturito.—(*A Juan.*) Tú eres Juan Berrocal, ¿eh?

Juan.—Sí, señorito.

Arturito.—Sí, sí... ¡Veréis que tipo más divertido! Tú tienes varios motes.

Juan.—Sí, señor.

Arturito.—Veréis, veréis... ¿Cuáles son?

Juan.—¿Cómo que cuáles?

Mártir.—(*Que ha entrado con el primer servicio.*) Que cuántos malos nombres le dicen a usté... ¡Huy, esta noche está atroz!

Juan.—¡Ah!... Miren ustés: me icen el Tonto, porque como me se pasa la memoria... Casildo y los señoritos me ecían, riyéndose, el Botones, cuando vivía yo de las buenas almas y me estaba aquí en el café y les iba po una cajetilla. Mi mal nombre bueno es el Bolo, que me viene, too reto, de mi abuelo.

Federico.—¿Era bolo tu abuelo?

Juan.—Sí, señor; era reondo. Y otros, pa faltame, me lo icen al revés; en vez de Bolo, Lobo...

Pompadour.—Y eso, ¿por qué?

Juan.—Pues me icen por maldá el Lobo, porque como he sío pastor allá arriba y ahora estoy en el poblao, pues... si icen que, como el lobo, he bajao del monte pa comer. (*Especialmente las mujeres van dando a Juan de cuanto comen.*)

Montespán.—(*A Mártir.*) Póngale usted un plato. (*Sirven plato a Juan, que cena lo que los demás. La cena, cuando la atención del público no haya de recaer precisamente sobre Juan, será bulliciosa.*)

Federico.—¿Eh? ¿Quieres beber?

Juan.—¿Beber? Bueno. (*Pausa. Come y bebe.*)

Federico.—(*Por Juan.*) Pues el que se divierte es él, porque traga y traga..., y no abre la boca.

Pompadour.—Conque... traga y no abre la boca. ¡Qué claridad de expresión! Así no hay quien entienda luego tus novelas.

Arturito.—Hacerle beber...

(*Le sirven más vino.*)

Federico.—¿Eh? ¿Hay alguno más tonto que tú en el pueblo?

Juan.—Sí, Casildo; el señorito Casildo Iturrioz.

Federico.—¡Eso está bien!... ¿El señorito Casildo es más tonto que tú?

Juan.—No. ¿Qué ha dicho, tonto? Creí que había dicho "señorito".

Pompadour.—Pues sí se parece.

Juan.—Tonto soy yo el más; se me pasa la memoria...

Federico.—¡Ya, ya!

Mártir.—(*Que entra y sale, sirviendo.*) No va descaminao el tonto, no.

Montespán.—Mira, Pompadour; te estás comiendo todas las tajadas buenas. (*Dando un golpe con su tenedor en el de la Pompadour.*)

Federico.—¡Estese quieta la Montespán! ¡Eh!, ¡vaya unos nombres artísticos bonitos que os he puesto! ¡Qué página histórica más sugestiva: las Marquesas de Montespán y Pompadour cenando en humilde y extraviada hospedería con Luis VIX y Luis XV!

Arturito.—¡Chico, cómo estás de historia! ¡Qué bárbaro!

Montespán.—En cuestión de Luises andas muy bien.

Pompadour.—Pues es lo principal.

Federico.—Eh, ¿qué te parece, tonto?

Juan.—(*Refiriéndose a lo que come.*) Bueno, está bueno.

Pompadour.—¿Usted ha sido pastor, ha dicho?

Federico.—¡Como Viriato!

Arturito.—¡Pero qué bárbaro, cómo estás de historia!

Juan.—Tuve que dejalo por la memoria. Me se olvidaba cuántas ovejas me daban, y a lo mejor les faltaban a los dueños...

Mártir.—Luego le recogió su tío, que era alpargatero, y murió. Pero éste no se pudo quedar con la parroquia; no aprendió a hacer alpargatas... Y, ¡eso sí que es chocante!, ha aprendido, aunque muy malamente, a leer y a escribir. Si no, no le hubieran podido hacer concejal.

Federico.—Eso no le sorprenda a usted; hay muchos tontos que escriben.

Pompadour.—Y... sin salir del corro.

Federico.—¡Pompadour!

Juan.—Concejal yo... ¡Concejal, sí! Al tío Porra, que es muy listo, no lo quisieron; al tío Tomás, el de la Tana, muy listo también, tampoco le quisieron; a mí, sí; yo concejal...

Federico.—¿Y cómo fué eso, que un tonto derrotó a dos listos?

Mártir.—Vea usté ahí. Los caciques del pueblo necesitaban uno de oposición, porque éste es de oposición...

Juan.—Sí.

Federico.—Enhorabuena. (*A Arturito.*)

Mártir.—Que pudieran tirar de él como de un fantoche; el tío Porra era muy listo pa eso, y el de la Tana pue que más..., y salió éste.

Pompadour.—Por tonto. Ya ves; no debes tú perder las esperanzas. (*Por Arturito.*)

Federico.—¿Eh? ¿Y usted es propietario?

Juan.—Sí, señor; por la tía Quica...

Federico.—¿Quién es la tía Quica?

Juan.—Murió. (*Llora.*)

Federico.—No se enternezca. ¿Quién fué?

Juan.—Una vieja sola. Le dió bastante lástima de mí, de que me vió tan solo... Y como yo, si hacía una cosa, no me acordaba luego, me llevó a vivir con ella.

Federico.—¡Hombre, está bien!

Juan.—Murió. (*Vuelve a llorar.*)

Pompadour.—¡Vaya por Dios!

Juan.—(*Sin llorar.*) Y me dejó sus tierras.

Mártir.—Pero el señor Juan las ha aumentao, también por tonto.

Arturito.—¡Vaya, veo que es verdad que hay una providencia especial para los tontos!

Pompadour.—¡Que si la hay! ¿No lo has notao por ti?

Mártir.—Las tierras del señor Juan estaban junto a otras que eran de un vecino de Romerales, y como ya sabe usté (*por Arturito*) el odio que hay...

Juan.—El de Romerales labraba en mi tierra, cogía cosecha mía: ¡ladrón!

Montespán.—¿Y usted no se enteraba?

Juan.—No, no me daba cuenta. Tanto me ijeron, me ijeron, que me dí cuenta; pero ya no podía arreglase... Había que ir al Juzgao... Y toos los que tenían las tierras de alreor, que eran de aquí, de Villapol, declararon por mí, que soy de aquí, y un desgraciao, que me se pasa la memoria..., y el otro era un granuja... y era de Romerales.

Mártir.—En total: que por buenas componendas tuvo ese sinvergüenza que devolverle al tío Juan sus tierras y darle encima el mejor peazo de las suyas... ¡Eso por enterarse tan tarde!

Juan.—Si me entero a tiempo, ¡na!

Arturito.—(*Que ha estado pensativo.*) ¡Ah, ya la tengo!

Pompadour.—¿Qué?

Arturito.—¡La solución! Sin duda, este sentido político tan grande, lo he heredado de mi padre.

Montespán.—¿Qué solución?

Arturito.—La del problema de mi viaje. ¡Ese hombre (*por Juan*) me la ha inspirado! A veces un tonto vale por dos. Consultaré con Mártir. (*Levántase y llévase aparte a Mártir.*)

Federico.—Entra en acción... ¡Temblemos!

Arturito.—Mártir, amigo: se me ha ocurrido una idea.

Mártir.—No le importe a usted; aquí estoy yo.

Arturito.—Rosa Clavel, la viuda...

Mártir.—¡Tan hermosa está... y con tantos votos!

Arturito.—¡Ya lo sé, ya! (*Misteriosamente.*) He venido a conferenciar con ella. Sé que sus votos son para don Froilán, mi enemigo; pero quiero convencerla de que se los venda, como hace el señorito del Sargal, y de ese modo hago gastar municiones al enemigo... ¿Eh, qué te parece, qué tal? ¡Sentido político! Necesito mandarle a la viuda un recado pidiéndole una entrevista misteriosa, porque ¡no puede ser que se sepan estos tratos!

Mártir.—¡Claro!

Arturito.—Si se sabe en el pueblo que trato de ponerme, bajo cuerda, de acuerdo con la viuda, he perdido la elección. Esto es matemático. ¡Lo ha dicho papá! Y tengo que echar mano de uno reservadísimo, y se me ha ocurrido el Tonto.

Mártir.—(*Asombrado.*) ¡Calla! Pues, no está mal... El Tonto, a los dos minutos, ya ni se acordará él; mal se lo puede ir contando a nadie. Y que el Tonto nadie oserva lo que hace; y en casa de la viuda es bien recibido, que le ha favorecío más de una vez. (*Llamándole.*) ¡Oiga, señor Juan!...

Arturito.—¡Señor Juan!...

Juan.—¿Qué? (*Levántase y va al grupo de Arturito y Mártir.*)

Arturito.—Vas a hacerme un favor.

Juan.—¿Favor? Bueno.

Arturito.—Vas a irte a casa de la señora Rosa...

Juan.—¿Cuándo?

Arturito.—Ahora. ¿Estará acostada?

Mártir.—No; que hasta hace poco he oído yo el fonógrafo.

Arturito.—Y le dices, de mi parte, que quiero conferenciar con ella, bajo secreto político; y añades que espero de la caballerosidad de dicha señora, que me reciba...

Mártir.—Eso es mu largo pa éste. Le dice usté: Don Arturo quié vela en secreto.

Arturito.—Eso; don Arturo quié vela en secreto.

Juan.—Don Arturo quié vela en secreto.

Mártir.—Repítalo, tío Juan.

Juan.—Don Arturo quié vela en secreto.

Mártir.—¡Mu bien, mu bien!

Arturito.—Así, así; anda, vete a decirlo. Te espero impaciente.

Juan.—Don Arturo quié vela en secreto; don Arturo quié vela en secreto. (*Mutis foro, repitiendo la frase.*)

ESCENA V

Dichos, menos **Juan**

Arturito y Mártir han quedado junto a la puerta del foro

Arturito.—Es muy listo este tonto; hará muy bien la comisión.

Mártir.—¡Ya verá usté, ya!

Arturito.—(*A sus acompañantes.*) ¡Mirad! No os habéis

fijado en el obelisco. (*La puerta está abierta, viéndose éste.*) ¡Es la gloria de mi nombre! Se lo levantaron a mi padre en conmemoración de haber conseguido para este Ayuntamiento nada menos que el tratamiento de Ilustrísimo. ¡Qué entusiasmo en aquella sesión! Yo la presencié... Se acordó levantarlo por ocho votos: el del alcalde, que era el marido de mi nodriza, y los de siete concejales, arrendatarios de mi padre, que no le pagaban la renta... ¡Qué entusiasmo! *(A Mártir.)* Oye, ¿tú crees que Rosa Clavel me recibirá?

Mártir.—¡Pts! ¡Qué sé yo! Así de noche, y en sigilo, y.. Como ella es tan guardaora de su fama... ¡Qué sé yo!...

Arturito.—Pero, ¡hombre!, por la política...

Mártir.—Por la política pue que sí. Según lo que le haya dicho su marido.

Arturito.—¿Qué dices, hombre?

Mártir.—¡Nada!

Pompadour.—¿Pero de veras se llama esa mujer Rosa Clavel?

Mártir.—Sí, señora.

Montespán.—¡Qué raro!

Federico.—Todo poesía.

Mártir.—Era hija del señor Joaquín Clavel, y tuvo el gusto de ponerle a su hija Rosa, para que fueran dos flores.

Pompadour.—El mal gusto, dirá usted.

Arturito.—¡Ay! Estoy nervioso... hasta que vuelva ese hombre. ¡Ya llega! ¡Ay! ¿Qué noticia traerá?

ESCENA VI

Dichos y Juan

Arturito.—Di, di, di, dilo, hombre, pronto.

Juan.—Que espera la señá Rosa a las... a la... una... a la una, eso... Espera la señá Rosa, en su casa, a la una; en su casa, a la una, ¡así!

Arturito.—¡Ay, qué gusto! ¡Toma!... (*Juan extiende la mano.*) ¡Toma un abrazo! (*Abrazándole.*) ¡Me recibe, me recibe!...

Mártir.—Ahora, a disimular hasta la una. A hacer como que se duerme usté...

Arturito.—¿Disimular, con quién?

Mártir.—¡Huy, le parece a usté que no!... Ojos tienen hoy las piedras de Villapol pa contar los pasos que dé usté hasta que se acueste. Suban, suban, que ya la mujer les ha preparao las habitaciones.

Federico.—Subamos, pues, bellas marquesas.

Pompadour.—¡Anda, Montespán, que bien has tragado!

Montespán.—¡Lo poco que has dejado, Pompadour!

Mártir.—(*Junto a la puerta de la derecha.*) Pasen, pasen; tendrán que dispensar... (*Mutis por dicha puerta todos menos Juan. Arturito queda el último.*)

Juan.—(*Repitiendo su cantinela.*) Que le espera la señá Rosa, en su casa, a la una.

Arturito.—Sí, sí, ya... ¡Oh, tío Juan!... ¡Qué servicio más grande me has hecho sin saberlo! ¡Tú representas... la tontería, cuanto hay de más sagrado en la nación! (*Mutis.*)

ESCENA VII

Juan, después **Braulio** y **Mozos**

Juan.—(*Solo.*) Que le espera la señá Rosa, en su casa, a la una. Que le...
(*Preséntanse foro Braulio y Mozos, con algazara. Traen guitarras.*)

Braulio.—(*Chillando.*) ¡Eh, tú, Mártir!... ¡Saca una botella de anisado, que hemos echao a escote!...

Juan.—(*Cambiando de canción, en cuanto se presenta el grupo; pero fingiendo no percatarse siquiera de su presencia.*) Que me espera la señá Rosa, en su casa, a las doce...

Braulio.—¿Qué hace aquí éste? (*Aproximándose cautelosamente a Juan, seguido de varios mozos.*)

Juan.—(*Después de mirar el reloj.*) Que me espera la señá Rosa, en su casa, a las doce. Que me espera la señá Rosa, en su casa, a las doce... (*Mutis foro, repitiéndolo.*)

Braulio.—¿Habéis oído?...

Un Mozo.—¡Caramba, la señá Rosa!

Braulio.—¡Cómo la tía Quica!... Toas al desmemoriao, que luego no se acuerda... ¡¡Si era tan honrá la viuda!!

Un Mozo.—Pues, si dan en favorecer a los tontos las mujeres, ¿qué vamos a hacer los listos? (1).

Braulio.—(*Aproximándose a la puerta lateral izquierda.*) Aquí es donde tiene el tío Mártir las latas de la achicoria y too eso... (*Mirando al interior.*) Des-

(1) Esta frase puede suprimirse en la representación.

templar las guitarras. (*Entra un instante y sale con varios palos y latas, que reparte. Mientras, los mozos que llevan guitarras, les bajan las cuerdas.*) Ahora, a correr a las esquinas de la viuda, que el tío Juan anda despacio y llegaremos a tiempo de verle entrar. ¡Ay, si entra!... ¡Qué cencerrada!

Mozos.—¡Sí, sí! (*Vanse aprisa foro Braulio y mozos, quedando la escena sola.*)

ESCENA VIII

Mártir, después **Rosa, Juan, Braulio** y **Mozos.** Más tarde, **la Pompadour, la Montespán, Arturito, Federico, Arenillas**

Mártir.—(*Por la derecha.*) ¡Anda, no hay nadie! ¿Pues no estaban esos? ¡Yo los he oído! (*Asómase a la puerta del foro para ver si los ve.*) ¡Pues, tanto no he tardao!... Es lástima; les hubiera vendido una botella. (*Se oye formidable cencerrada.*) ¿Qué es esto? ¡Jesús, qué cencerrada! ¿A quién será?... ¿Qué habrá pasado? (*La cencerrada aumenta.*) ¡Huy, cómo arrecia! (*Vese a los mozos llenar la Plaza. Braulio, entre ellos. Tras ellos, viene Rosa Clavel, frenética. Juan la sigue confuso y alelado.*)

Rosa.—¡Canallas! ¡Criminales!

Braulio.—¿Querías librarte de la cencerrá? ¡Pues, no te has librao!

Rosa.—¡Canalla! Dí, tú, Juan, ¿a qué has venido a mi casa; qué recado traías?

Juan.—Se me ha olvidao.

Rosa.—Pues él se acordará. (*Como fiera hostigada, invade el café Rosa Clavel. Juan, en el paroxismo

de la idiotez, queda a la puerta. Braulio y mozos llenan la Plaza.)

Rosa.—(*Gritando junto a la puerta de la derecha.*) ¡Don Arturo, don Arturo!...

Arturito.—¿Qué? (*Dentro.*)

Rosa.—Baje usted.

Arturito.—(*Presentándose, seguido de los demás viajeros.*) ¿Qué pasa?

Rosa.—Diga usté, delante de too el pueblo, si usté me ha mandao a Juan a mi casa pa pedirme que hablásemos de la elección, sin que la gente se enterase; dígalo usté. La verdad. ¡Dígalo usté lo que ha sido! ¡¡La verdad!!

Mártir.—(*Bajo a Arturito.*) No puede usté decirlo delante de la gente.

Rosa.—¡Dígalo usté!

Arturito.—(*Bajo a Mártir.*) ¡No, no lo digo! La política no tiene entrañas.

Rosa.—¡¡La verdad!!

Arturito.—¡No, señora, no ha habido tal; yo no he mandado nada!

(*Gran rechifla, gritos y repetición de la cencerrada.*)

Federico.—(*Bajo a Arturito.*) Me parece que se te acaba de mojar el acta.

Rosa.—¿Que no ha habido..., que usté no ha mandado?...

Arturito.—No, señora, no.

Rosa.—(*Yendo hasta Juan y zarandeándole.*) ¡Entonces, tú!...

Juan.—Se me ha olvidao, se me ha olvidao... ¡No me pueo acordar!

Rosa.—¡Oh!

Braulio.—Pero nosotros sí... A las doce me espera en su casa Rosa Clavel. ¿Era eso, muchachos?

Mozos.—¡Sí, sí, sí!

Rosa.—¡Oh, oh!

Braulio.—¡La segunda tía Quica!

Rosa.—¡Oh!

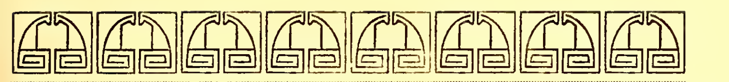
Juan.—¡No me pueo acordar! ¡No me pueo acordar! (*Los mozos y Braulio se alejan, reproduciendo la cencerrada de manera aún más ensordecedora.*)

Rosa.—¡Canallas, canallas, canallas!

Juan.—¡No me pueo acordar, no me pueo acordar!

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

De día.—Amplio portal de casa de labranza, rica. En la pared de la izquierda, gran puerta con vista de calle de pueblo. En la pared del foro, escalera. Las entradas a las habitaciones interiores de la casa, y salidas de las mismas, van indicadas como por el foro o la derecha, indistintamente, por quedar a gusto de los directores de escena. Puede prescindirse de la escalera de la pared del foro.

ESCENA PRIMERA

Rosa y **Bernarda**

Bernarda, criada de confianza de Rosa, de más edad que ésta, reza con fervor rosario en mano. Rosa está inquieta, desasosegada.

Rosa.—¡Cómo tarda! Y ese idiota, sangre de idiotas, ¿quiere ser diputao?...

Bernarda.—*(Concluyendo de rezar el rosario.)* Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo...

Rosa.—*(Chillando.)* ¡Calla ya!

Bernarda.—*(Chillando también.)* ¡Ay, Jesús! *(Terminando el rezo.)* ¡Amén, Jesús! Si no hiciera yo caso de pedirles a los santos que te esenreden too eso que te han armao...

Rosa.—Pues te van a oir. Porque... mujer soy, pero de-

lante de too el pueblo le he de hacer que cante al don Arturito, lo que ha sío. ¡De vergüenza me moriría—y mejor me estaba irme a juntar con mi marido—si esto no quedase zanjao, y sabedor el pueblo de que me da tanto asco ni ver siquiera junto a mí a Juan, el Tonto, como risa me da oirle como habla a ese mono de candidato, que, na más por esto que ha pasao, le tengo que quitar yo de salir diputao, aunque tuviera que ir, yo misma, con estas manos, a romper, una por una, toas las urnas del distrito!

Bernarda.—¡Uff!... ¡Estás endemoniá, embrujá!

Rosa.—¡Muy fácil!

Bernarda.—Cuando Dios quiere, hay que sufrir lo que nos manda; castigo será de algún pecao.

Rosa.—No tengo más pecaos que haber querío a rabiar a mi marido, y ser muy honrá toa la vida.

Bernarda.—Y esa soberbia, ¿no es pecao?

Rosa.—*(Viendo entrar a Arturito, izquierda.)* ¡Ya está aquí!

ESCENA II

Dichas y Arturito

Arturito.—*(Saludando.)* Buenas, buenas... (Sin Federico y sin Arenillas no soy hombre.) Buenas... (¡No soy hombre!)

Rosa.—Mejores podían ser, caballerito.

Arturito.—Mejores, sí; mejores, sí, señora, ya lo creo. (¡No soy...!)

Rosa.—Mejores, si usté no hubiera hecho anoche la... habilidad de negar lo que, con tanta angustia, le preguntaba yo.

Arturito.—Sí... Ya sabe usted... La política no tiene entrañas... Pero, yo sí; las tengo, sí. Yo tengo entrañas, y estoy dispuesto a ver si se encuentra el medio de subsanar...

Rosa.—¡Ah! ¡Ya lo creo! Tiene usté que explicar ¡a todo el pueblo, reunido en la Plaza a voz de pregonero!, que me quiso usté hablar a escondidas para tratar de la elección; tiene usté que explicar lo que ha pasao, la verdad, cómo fué usté quien mandó venir al Tonto, y después tan grosero, que me lo volvió a mandar...

Arturito.—¿Yo? *(Interrumpiendo.)*

Rosa.—A decirme, ¡a mí, a una señora, que le estaba a usté esperando!, que ya vendría cuando acabara de cenar.

Arturito.—¿Quién, yo?... ¡Eso es mentira!

Rosa.—Sí, sí... ¡Se ha lucido usté, señor mío, con el viaje electoral! Porque a mí me ha puesto usté la honra en lenguas, ¡que es lo último!, pero ¡el acta de usté!... Y ¡escuche, para que se desespere más!: Yo también estaba deseando esa conferencia con usté; la esperaba, la buscaba y hubiéramos llegado a un acuerdo.

Arturito.—¿Es verdad?... ¡Horror! ¡Un tonto me ha quitado el acta! ¡Bueno, eso pasa muchas veces! Pero esto no puede ser; es preciso, señora...

Rosa.—Lo que es preciso es que usté...

Arturito.—Yo haré lo que usted quiera; todo se arreglará. Ante todo, sepa usted que yo no soy grosero; ningún Garriga ha sido grosero. No ha hecho nunca Arturo Garriga esperar a una dama; a mí a política no hay quien me gane, señora. El Tonto me dijo que viniese a la una, y yo me retiraba a esperar...

Rosa.—¿Que le dijo a usté el Tonto?... ¡No!

Arturito.—¡Ah, sí, señora! Que me esperaba usted a la una!

Rosa.—¿Cómo?... Si salió de aquí repitiendo: "la señora Rosa le espera a las doce".

Arturito.—Pues allí llegó diciendo: "la seña Rosa le espera a la una..." Se retrasó una hora en el camino.

Rosa.—Pero ¿es verdad?...

Arturito.—¡Caray! ¡Que ningún Garriga ha mentido nunca, a no ser en los discursos!

Rosa.—Bernarda, trae a Juan. *(Viendo un gesto de disgusto en Bernarda.)* ¡Trae a Juan!

Bernarda.—*(Refunfuñando mientras obedece.)* Trae a Juan, trae a Pedro, trae a don Arturito... ¿Es esto de buenas cristianas, andar trayendo hombres a casa de una viuda sola? *(Mutis izquierda.)*

ESCENA III

Rosa y **Arturito.** Después **Bernarda** con **Juan**

Rosa.—(¿Qué es esto, qué es esto, qué pasa aquí?)

Arturito.—(No sé nunca cómo entrarle a esta buena señora... Me da miedo. Es una tigre, pero de bengala, de muchas bengalas...)

Rosa.—(¿Qué pasa aquí, qué enemigo oculto tengo?...)

Arturito.—*(Que ha estado pensando algo grato qué decir a Rosa.)* (¡Ah, ya sé!...) *(En tono oratorio.)* Señora: bien claro veo que es usted el blanco, digámoslo así, de una combinación... tenebrosa, vil e inhumana que corazones perversos han fraguado contra usted, tan pura... (¡Ay, que bien!) ¡Parece

mentira! ¡Oh, la humanidad carece en absoluto de sentimientos de humanidad!

Bernarda.—(*Entrando por la izquierda con Juan.*) Aquí estaba; paseándote la calle. *(Mutis foro o derecha.)*

Rosa.—¡Ah! ¡Ahora vamos a ver!... ¿A qué hora te dije que viniese don Arturo?

Juan.—¿A qué hora?

Rosa.—Sí, te dije, dile: "la señora Rosa le espera a usté a las..."

Arturito.—La señora Rosa le espera a usted a la...

Rosa.—A las...

Arturito.—A la... *(Cada uno le tiene agarrado de un brazo y le impele con fuerza hacia sí, alternativamente.)*

Rosa.—¡A las!...

Arturito.—¡A la!...

Juan.—¡No me acuerdo!...

Rosa.—Pero... ¡maldito!...

Juan.—¡No me pueo acordar!

Rosa.—¿No te pues acordar? ¿Pero te dijo este señor que volvieras a decirme que esperase a que acabara de cenar?

Arturito.—¡Ah, yo, un Garriga?... *(A Juan.)* ¿Te he dicho yo eso? (*Zarandeándole.*)

Rosa.—¿Te dijo eso, di? (*Zarandeándole.)*

Juan.—¡No sé, yo qué sé!...

Rosa.—¡No sé, yo qué sé!... Y... dime: ¿cómo se enteró Braulio de que venías?...

Arturito.—¡Señora, yo no le dije nada, créame usted: este hombre es un granuja! *(Rosa mira fijamente a Arturito. Después a Juan. Ante éste da un rugido y dice.)*

Rosa.—¡Canalla, canalla!... ¡Déjemelo usted! *(Por Artu-*

rito, que trata de ampararle. Queriendo agredir a Juan.) ¡Bandido, criminal, muerto de hambre, que has comido mi pan y has dormido de limosna en el pajar de mi cuadra tantas veces!...

Juan.—Tía Rosa, tía Rosa, ¿qué la pasa a usté?

Rosa.—¡Que qué me pasa! ¡Que ya me lo maliciaba yo!... ¿Tú, tonto?... ¡Los demás sí que sí! ¡Tú has combinao too esto, porque eres un granuja, un falso! Pero... ¿qué te has propuesto, pobre de pedir? ¡Dí, deshonrao!... *(Llega al paroxismo de la furia y está materialmente tocando a Juan, amenazadora y arrogante.)*

Arturito.—(*Procurando defenderle.*) ¡Por Dios!...

Rosa.—Vete, ¡vete, porque si no!...

Juan.—¡Tía Rosa!...

Rosa.—¡¡Calla, vete!!

Juan.—Me voy, me voy... ¡No me pueo acordar!... *(Mutis izquierda.)*

ESCENA IV

Rosa, Arturito. Después **Bernarda**

Rosa.—¿Qué es esto, qué es esto? ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!... Pero ¿por qué ese hombre...?

Arturito.—(Nunca sé qué decirle a esta buena señora... ¡Me asusta!) (*Piensa.)* (¡Ah, ya sé!) ¡Mire usted el Tonto! ¡Mire usted el tonto!

Rosa.—(*Sin atender a Arturito.*) Me da miedo pensar en ese hombre. Ha querido comprometerme y me ha comprometío; pero... ¿por qué? Mejor dicho, ¿para qué?... ¿Para qué?...

Arturito.—*(A modo de explicación.)* ¡Pts, pts!...

Rosa.—(*Siempre pensando en Juan.*) ¡Canalla, criminal, más dañino que el que roba, más malo que el que mata; falso, el más falso de todos los del mundo, que a ninguno se le ha ocurrido la idea de demonio de hacerse pasar por tonto pa hacer el mal. (*Sobrecogida por un repentino miedo.*) ¿Qué querrá de mí? ¿Qué se propone al hacerme esto? ¿Qué quiere de mí?... (*Tras sombría meditación.*) ¡Lo tengo que matar!... ¡Lo tengo que matar! ¡Un hombre, un hombre!... (*Sus ojos y su actitud buscan un hombre. Al mirar a Arturito parece primero despreciarle, pero luego, impulsada a aceptar todo cuanto pueda valerle para vengarse de Juan, se coloca ante él, diciéndole.*) ¿Qué quería usté de mí?

Arturito.—*(En tono de discurso.)* Señora, hoy día el cuerpo electoral...

Rosa.—¡Cállese usté!

Arturito.—*(Obedeciendo servilmente.*) Bueno.

(*Preséntase, por la derecha o por el foro, Bernarda*).

Rosa.—¿Quiere usté que yo le apoye?

Arturito.—¿Usted... unida al señorito del Sargal?

Rosa.—¡Unida... a quien usté quiera!

Arturito.—¡Oh, señora!... ¡El acta en el bolsillo!

Rosa.—Quite usté de en medio a Juan, el Tonto.

Arturito.—¡Oh!...

Bernarda.—¿Qué dice?

Rosa.—¡Ah! ¿No quiere usté?

Arturito.—Sí, sí, señora, sí. ¿Y cómo no he de querer quitar de en medio?... (*Sonriente.*) Pero... ¿que quite de en medio a...?

Rosa.—(*En voz baja.*) ¡Sí, que lo mate usté!

Arturito.—(¡Caray!) Bueno, bueno... Veremos a ver si,

dentro de la ley, encuentro medio de quitar de en medio... Señora, ¿no desea usted nada más?

Rosa.—Nada más.

Arturito.—Bueno, está bien... Conque... ¿quitar de en medio?...

Rosa.—Sí.

Arturito.—Ya, ya. A sus pies, Rosa. (¡Cómo se está poniendo esto de salir diputado!) (*Mutis izquierda.)*

ESCENA V

Rosa y Bernarda

Rosa.—No es éste el hombre que necesito... ¡Bernarda!

Bernarda.—¿Qué se te ofrece?

Rosa.—Tráeme al tío Víctor y al Teniente.

Bernarda.—¿Eh?... ¡Eso sí que no!

Rosa.—¡Que me traigas te he dicho al tío Víctor y al Teniente!

Bernarda.—¡Quiá! ¿Estás loca? ¡No es la hija de mi madre la que se anda too el día por ahí cazando hombres!

Rosa.—*(Furiosa.)* ¡Te he dicho!...

Bernarda.—Bueno, mujer. (*Disponiéndose a marchar.)* ¡Nunca creí que me guardaras esto para la vejez! ¡A pares, buscando hombres!... ¡Pásese usté la vida rezando novenas, para acabar así!

Rosa.—No gruñas y vete ya, que yo no soy mi madre, que te aguantaba lo que Dios sabe. Vete, y les dices, lo mismo al uno como al otro, que vengan, que los aguardo; pero ¡cuidao como lo dices!... Con cara fina y sonriente, y como habla una criá a quien

pue llegar a ser su amo... Yo voy a alisarme un poco el pelo.

Bernarda.—¡El caso no es pa menos!

Rosa.—Calla, te digo... Al primero que venga, avísame. (*Mutis foro o por la derecha.*)

Bernarda.—¡Al Teniente, al tío Víctor!... ¡Dos galanes, de una vez!... ¡Dios me lo tome en descargo de mis culpas! (*Medio mutis izquierda.*)

ESCENA VI

Bernarda y **Juan**. Después **Teniente.** Al final, **Rosa**

Juan.—(*Por la izquierda.*) ¡Bernarda!

Bernarda.—¡Eh, tú!... ¡Márchate! ¡Te quié matar!...

Juan.—¡Ya he aguardao a que entrara!...

Bernarda.—¡Vete, vete!

Juan.—Espera que te dé un recao: si me nesecita tu ama, abajo estoy, a la vuelta del molino.

Bernarda.—¿A ti? ¡Habráse visto!... ¿Qué te pue nesecitar a ti mi ama, desastrao?

Juan.—¿No me ha mandao llamar ya una vez?

Bernarda. Pero ¡ya ves pa lo que ha sido!

Juan.—Pero me ha mandao llamar, me ha nesecitao. Si tu ama me sigue nesecitando...

Bernarda.—¡Anda, vete, embrollaor, Judas, que la has hecho una ación!... ¡Vete, no estés más en esta casa! (*Casi arrojándole de ella.)*

Juan.—¡Quieta, quieta! ¡No tanto querer echarme de esta casa!... ¡No vaya a llegar un día en que pueda yo echarte a ti!

Bernarda.—¿Tú echarme a mí de esta casa? ¿Tú aquí de

amo? ¿Tú?... ¡Ahora me da risa! ¡Y dice mi ama que no eres tonto de verdad? ¿Tanto amor te ha tomao, que se va a casar contigo?

Juan.—Amor no me lo ha tomao, pero me ha tomao odio, que es lo mismo.

Bernarda.—¡Igualito!

Juan.—Igual, porque el odio se cambia luego en el amor, y cuando se ha cambiao ya lo uno en lo otro, pues ya es lo mismo. El caso es que le tomen a uno algo.

Bernarda.—(*Sorprendida.)* ¡Mira!... ¿Cómo sabes eso?

Juan.—Lo he oído...

Bernarda.—¿Y no se te ha olvidao?

Juan.—Casualidad. No creas que es que me finjo desmemoriao, no... Lo soy, de verdad. Las cosas que no me dan gusto ni me convienen, me se olvidan de seguida... Y como son más las cosas del mundo que no gustan que las que dan gozo, pues me se olvida casi too. (*Mirando a la izquierda.*) El Teniente... Me escabullo. ¿Ves? Ahora me marcho y no me echas. Ya sabes, si acaso me nesecita tu ama, a la vuelta del molino...

Bernarda.—¡Bueno, bueno! *(Juan se esconde tras la puerta de la izquierda, por la que entra el Teniente, y cuando éste pasa se escapa sin que le vea.)* (Le sonreiré.) (*Sonríe forzadamente.*) Buenas tardes, señor Teniente.

Teniente.—Buenas tardes, simpática Bernarda. ¿Y... tu señora?

Bernarda. — Ahora mismito la llamo. Siéntese usté... ¡Como si estuviera usté en su casa!

Teniente.—¡Gracias!

Bernarda.—(Menos mal que ha venido antes de ir a

buscarle. Así ha sío más decente.) (*Amabilísima.*) Pero... siéntese usté, siéntese usté; de seguida sale. (*Mutis foro o derecha.*)

Teniente.—¡Qué amable!... ¡Oh, graneros de Rosa Clavel, pares de mulas y sembrados, pronto seréis míos! ¡Y qué cosa más pequeña me va a parecer entonces la paga que me da el Gobierno!) (*Vuelve, por el foro o derecha, Bernarda con Rosa.*)

Rosa.—(*A Bernarda.*) Ahora avisa al otro.

Bernarda.—Pero ¡mujer!...

Rosa.—¡Avisa al otro!

Bernarda.—¡Voy, voy! (No me libro de avisar.) (*Vase izquierda.*)

ESCENA VII

Rosa y **Teniente.** Cuando se indica, **Bernarda**

Rosa.—Buenas tardes, Teniente.

Teniente.—Buenas tardes, Rosa, amiga Rosa.

Rosa.—Bien se ve que es usté valiente, como buen militar. Se atreve usté a venir a casa de la deshonrá, de la que anda en lenguas, de la leprosa...

Teniente.—Ya sabía yo que lo iba usted a tomar por la tremenda.

Rosa.—¿Y cómo quiere usté que se tome una cosa así?

Teniente.—¡Ah, claro, por la tremenda!

Rosa. — Pero usté hoy no me vendrá a decir lo que otras veces.

Teniente.—¿Lo que otras veces?

Rosa.—Que se quiere usté casar conmigo.

Teniente.—¡Claro que sí! Lo mismo, lo mismo, ideal Rosa, lo mismito.

Rosa.—¿Que se quiere usté casar conmigo?

Teniente.—Es claro.

Rosa.—¿Después de...? No, no, no es posible.

Teniente.—¿Cómo que no? Su honradez de usted está muy por encima de todo.

Rosa.—¡Muy por encima! ¡No lo sabe usté muy bien! Tanto, que mientras ese hombre viva, no puedo vivir yo.

Teniente.—¿Por qué? Si ha sido una calumnia.

Rosa.—¿Pues qué otra cosa podía ser?

Teniente.—¡Ah!, claro, ninguna otra cosa. Pero la calumnia se la desprecia. Si Juan fuese un caballero, yo me batiría con él; pero usted comprenderá...

Rosa.—Que se deshonraría usté...

Teniente.—Es claro.

Rosa.—Y que me deshonre yo no importa, ¿no es verdad?

Teniente.—Usted tendrá toda la honra del mundo, porque yo, si usted quiere, voy a casarme con usted.

Rosa.—¡Yo no puedo vivir mientras ese hombre viva!

Teniente.—Eso ya es tema, Rosa. Usted quiere una reparación: yo me caso con usted; ya está usted vengada, es decir, satisfecha en su honor.

Rosa.—Usté no me ha ofendido.

Teniente.—¡No se va usted a casar con Juan, el Tonto!

Rosa.—(*En voz muy baja.*) ¡Por eso quiero que muera!

Teniente.—¿Que muera?

Rosa.—Sí. ¿Qué otro medio hay? Usté mismo lo dice. (*Pausa.*) Yo me caso con usté, pero antes...

Teniente.—¿Qué?

Rosa.—(*Muy bajo.*) ¡Mate usté a Juan, el Tonto!

Bernarda.—*(Que ha entrado por la izquierda y lo ha oído.)* ¡Jesús! *(Retrocede y vase.)*

Teniente.—¡Vaya, Rosa, usted bromea! Quiere usted

poner a prueba mi valor, y... ¿Matar a Juan, el Tonto? Pues sí, ¡lo mataremos... de rabia y de envidia al pobre hombre!

Rosa.—¡Pobre hombre!... ¡Qué poco conoce usté a los granujas del pueblo! Bien se ve que es usté el encargao de perseguirlos.

Teniente.—Granuja o tonto..., ¿qué más da? ¡Vaya, vaya!... ¡Fuera ese fruncidito de las cejas!... No es que le siente a usted mal, no; pero quítelo usted... Luego vendré con mi asistente a llevarla a usted con Bernarda a merendar al Santo. ¿Se le ha olvidado a usted que hoy es cuando se hacen las meriendas en el monte? ¡Negraza! ¡No dudará usted de que á mí me sobran agallas para tumbar por tierra a veinte Juanes por listos que fueran!

Rosa.—Sí, muy valiente, muy fuerte; pero sin alma para quitar de en medio a un rival.

Teniente.—¡Rival!... ¡Bah! Si usted no le quiere... ¿cómo va a ser rival? ¡Vaya! ¡A ver ese entrecejo!... ¡Verá usted qué merienda! *(Mutis izquierda.)*

ESCENA VIII

Rosa. Después **Bernarda**

Rosa.—¡Ah, sí! ¡Un hombre a quien la mujer no quiere, no les da cuidao a los demás, no es un rival!... Para que Juan resulte rival, tengo que quererle..., que fingir que le quiero. ¡Está bien, está bien! ¡Yo fingiré por Juan un amor tan grande, tan loco, que todos le odiarán y le querrán matar!

Bernarda.—(*Por la izquierda.*) Ahí viene el tío Víctor. La

calle es estrecha pa él... ¡Te estás portando, hija, te estás portando!

Rosa.—¡Bernarda! (*Sin hacer caso de lo que Bernarda ha dicho.*)

Bernarda.—¿Qué quieres? ¡No irás a mandarme a buscarte otro!

Rosa.—Sí.

Bernarda.—¿Eh?

Rosa.—Busca a Juan; tráeme a Juan.

Bernarda.—¡Que te traiga a Juan!

Rosa.—Sí; lo necesito.

Bernarda.—¿Lo nesecitas? ¡Era verdad!...

Rosa.—¿Qué?

Bernarda.—¡Ese hombre es el demonio! ¡Hija, te advierto que me ha dicho que le nesecitarías!...

Rosa.—Me es igual lo que te haya dicho. Tráele.

Bernarda.—¡Es que...!

Rosa.—¡Que me traigas a Juan, y calla; vete! Tardar un rato.

Bernarda.—¡Ave María Purísima! (*Mutis izquierda.*)

ESCENA IX

Rosa y el tío Víctor

Víctor.—(*Que entra por la izquierda.*) Buenas tardes mos dé Dios.

Rosa.—Buenas tardes.

Víctor.—Ya me han contao, Rosa... Y yo, que la conozco a usté, y sé lo honrá que es, supongo... Pero si tié usté interés—como me figuro—por saber si yo... En fin, pa mí como si na hubiera pasao. Sigo en mi terreno.

Rosa.—Gracias, tío Víctor.

Víctor.—Las murmuraciones son humo. Claro que el humo es blanco o negro, según lo que se está quemando; y que si es honor de hombre, el humo es blanco, ligerito, casi no molesta; y si se quema honra de mujer, el humo es negro y mu espeso, que sofoca... Pero aquí ya sé yo que too es... humo na más.

Rosa.—Gracias, tío Víctor.

Víctor.—No; no hay de qué. Yo, en el mismo terreno. Pué que haya otros que se echen atrás... Yo dispuesto estoy a casarme con usté en cuanto usté quiera. (*Observando la mirada y gesto de Rosa.*) Ya, ya la veo a usté de venir; la conozco a usté muy bien, Rosa. ¡Lo menos quiere usté asesinar a Juan el Tonto!

Rosa.—Sí, me conoce usté, sí; es verdad.

Víctor.—¿No lo decía yo?

Rosa.—Es decir... ¿Usté dice que sigue en su terreno?

Víctor.—Yo, sí señora.

Rosa.—Yo también estoy viendo que me hace falta el amparo de un hombre; que no pueo vivir sin él.

Víctor.—¿Lo está usté viendo?

Rosa.—Pero mientras Juan viva...

Víctor.—¿Qué?

Rosa.—¡Qué bien, Víctor, eh, si nos casásemos usté y yo!... Usté, que está arruinao...

Víctor.—Yo...

Rosa.—Sí, lo sé; que el Juzgao anda tras las fincas de usté, pero no me importa, mejor, así tenía yo el gusto de desentramparle.

Víctor.—Yo no lo niego... Por ser rondaor mi padre—que yo siempre me apliqué al trebajo—mis ha-

ciendas están hoy bajo pluma, hipotecás... ¡Y vale más que sobre un sembrao caiga el pedrisco, que la pluma! Esa es la verdad.

Rosa.—Mi capital bastaría para deshipotecarlas.

Víctor. Anda, y sobraría. Y ¡ya vería usté entonces entrar grano y de too por esa puerta! (*señalando a la izquierda*); porque las tierras que tengo allá abajo, que heredé de mi madre, son... como de por allá, que el terreno es tan rico que les sabe malo tener que cercar un poco pa camposanto.

Rosa.—Pues todo eso... En fin, tie usté que saberlo too. Y luego, si usté quiere...

Víctor.—Diga usté.

Rosa.—Juan ha entrao en mi casa de noche; lo ha visto too el pueblo...

Víctor.—Sí. Pero... no había na.

Rosa.—Sí había.

Víctor.—¿Había?

Rosa.—Sí.

Víctor.—Y... ¿cómo lo confiesa usté?

Rosa.—Porque no quiero consentir... La cencerrá de anoche él mismo la buscó pa comprometerme, pa que lo supiera too el pueblo y escandalizar y que me tuviera yo que casar con él, y hacerse amo de lo mío... ¿Lo entiende usté?

Víctor.—¡Vaya si lo entiendo!

Rosa.—Pero eso no... Yo pude hacer una locura sin saber cómo, enamorarme de él al verle tonto, al verle desgraciao..., ¡qué sé yo!... Pero que se quiera hacer el amo, ¡no y no! Amo mío y de mi hacienda pue serlo Víctor Aceña, pero no Juan Berrocal, ¡eso no!

Víctor.—No acaba uno nunca de entender a las mujeres. En fin, si está usté arrepentía...

Rosa.—Arrepentía estoy.
Víctor.—Aún pue usté ser feliz.
Rosa.—Eso quiero; pero mientras Juan viva, no pue ser.
Víctor.—Poder ser...
Rosa.—¿Cómo va a poder ser? ¿Cómo va a haber un hombre tan poco mirao que se vaya a casar conmigo, mientras Juan viva? Ni yo, mientras él viva, podré dejar de quererle.
Víctor.—¿Quererle?
Rosa.—¡Ah, claro! Una mujer como yo, ¿no ha de querer al hombre que...? ¡Muerte le había de estar dando por mi mano, y le había de estar queriendo! Y éste, además, paece tonto, pues.. me ha ligao con alguna mala bebida que me ha hecho tomar; y no pueo pensar sino en él y mientras viva le querré.
Víctor.—(¡No vivirá mucho tiempo! Ya que la justicia me persigue, que sea por algo.)
Rosa.—¿Qué piensa usté?
Víctor.—Na, Rosa; no pienso na. ¡Que es usté muy desgraciá!
Rosa.—¡Mucho!
Víctor.—¡Y yo también! Y ése a quien usté quié tanto, ¡también! Hay quereres de mujer que matan al hombre en vez de darle vida, y el de usté es uno que pue matar a quien vea yo que usté quiere, y... ¡así, de esa manera tan desatiná!
Rosa.—¡Tío Víctor!... ¡Tío Víctor!... (*Viendo llegar a Juan, seguido de Bernarda por la izquierda.*) ¡Juan! Disimule usté, tío Víctor, disimule usté su odio.
Víctor.—¡Le odio, sí! ¡Ese miserable, ladrón!...
Rosa.—Disimule...
Víctor.—¡Lo voy a matar!

Rosa.—¡Cuidado! (*Fuerte y disimuladamente le estrecha la mano.*)

Víctor.—¿Serás mía?

Rosa.—¡Seré tuya, yo y too lo mío!

ESCENA X

Dichos, Juan y **Bernarda.** Después **Teniente.** Al final, **Arturito, Arenillas** y **Dos Guardias civiles**

Rosa.—¡Juan, Juan!... (*Preséntase izquierda el Teniente con el bulto de la merienda colgado del bastón, que lleva al hombro.*)

Teniente.—¡Ya estoy aquí; el asistente ya va pa alante con la bota y la sartén!...

Rosa.—(*A Juan, con embeleso.*) ¿Por qué has tardao tanto?

Teniente.—¿Eh?

Juan.—En cuanto usté me ha mandao llamar.

Teniente.—(¡Le ha mandado llamar!)

Rosa.—No, tutéame también delante de la gente.

Teniente.—(¡Ahora sí que lo mato!)

Víctor.—(¡No me tendrás mucho tiempo en la ruina, condenao!)

Rosa.—Vamos, Juan...

Juan.—¿Aónde?

Rosa.—A merendar al monte. El Teniente convida.

Teniente.—¡Eh?

Juan.—Vamos.

Arturito.—(*También por la izquierda, seguido de los Guardias civiles.*) Señora mía: Con la más alta satisfacción... Juan Berrocal, quedas preso.

Rosa.—¿Qué?

Arturito.—Vea usted el telegrama del Gobernador. Quince días de arresto por blasfemo. ¡Qué éxito! (*Bajo a Rosa.*) Ya ve usted cómo le he quitado de en medio, quince días, pero le he quitado... ¡Usted no me dijo por cuanto tiempo! (*Entrega el telegrama al Teniente, que lo lee.*)

Juan.—¿Me meten preso?

Rosa.—¡Imbécil!

Arturito.—¡Cómo!

Rosa.—¡Imbécil; no tendrá usté en el pueblo un solo voto; yo se lo juro!

Teniente.—Detenido... ¡Ya es sagrado para mí!... ¡Es usted un idiota! (*A una señal del Teniente, los guardias avanzan y se apoderan de Juan.*)

Víctor.—¡Hace usté que lo guarden! (Me lo quita de entre las manos.) ¡Si siempre fué usté un memo!

Rosa.—¡Imbécil, más que imbécil!

Arturito.—(¡Qué éxito!) Pero, ¿por qué?

Rosa.—Porque quita usté de mis brazos a ese hombre, y yo le quiero, ¡le quiero con toda mi alma!

Juan.—¡Rosa, Rosa! (*Mientras los guardias se lo llevan.*)

Rosa.—¡Juan!

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO





ACTO TERCERO

De dia.—Parral de la parte posterior de la casa de Rosa Clavel. A la derecha, parra, que llega del extremo de topes al centro de la escena, y—bajo la parra—mesa de piedra con asientos de lo mismo. A la izquierda de la parra, un gran cerezo. Detrás de la parra y el cerezo, un alto talud de piedra, que se supone forma un verdadero precipicio sobre un torrente. Varias ramas, tanto de la parra, como del cerezo, caen sobre este precipicio. Al fondo, panorama de lejanía. En la visual derecha, la casa.

ESCENA PRIMERA

Rosa y **Bernarda**

Rosa está nerviosa, agitadisima. Bernarda, que está cosiendo, la mira con dureza e inquietud

Rosa.—¡Uff! ¡No pueo estar así!

Bernarda.—¡Ni podrás estar de ningún modo! (*Al oído, como si hablara su conciencia.*) ¡Me alegraría que hubiera muerto!...

Rosa.—(*En un grito ahogado.*) ¡No!

Bernarda.—¿Te crees que no he notao yo, que no han notao toos, que—en cuanto ha salío Juan de la cárcel—te has puesto de acuerdo con el tío Víctor, y a caa paso lo estáis mandando a la muerte?

Rosa.—(*Con voz apagada.*) ¡No!

Bernarda.—¡Anda!... ¡Qué bien ha hecho el Teniente en dejarte! ¡Criminal! ¡Al hombre que, te haya hecho... lo que te ha hecho, le tratas de novio, y le has dao palabra, y es tu prometío, mal que te pese!...

Rosa.—¡Calla, calla!

Bernarda.—¡Pues, ten valor, ya que ties mala entraña, y no tiembles na más que de figurarte que habrá muerto, cuando tú misma eres la que le mandas a morir!... Y no saldrá, no; no saldrá de ésta; de ésta muere...

Rosa.—¡Calla, calla, te he dicho! ¡Soy tu ama, calla, calla! (*Breve pausa.*)

Bernarda.—¡Dios te perdone! ¡Y... a mí, que lo sé, y me callo!

ESCENA II

Dichas y Juan

Juan.—(*Por la izquierda aparece Juan. Rosa lanza un grito de terror, seguido de expresión de alegría. Ofreciéndole una banasta con gruesos racimos de uvas.*) Toma: lo que me has mandao que te traiga.

Rosa.—¿Son del tío Víctor? (*Con creciente sorpresa.*)

Juan.—Son; nenguno la tenemos tan temprana.

Rosa.—¿Y te las ha dao él? ¿Te las ha dao en su casa de Las Oliveras? ¿Has entrao en la casa, como te dije yo?

Juan.—No, mujer; mandé un hombre que... que a poco si le cuesta la vida hacer el recao... Pero por fin ese hombre salió con vida, y el tío Víctor le ha dao las uvas, y aquí están. Yo, mientras tanto, me quedé en la villa a comprar esto pa ti. (*Deja en la mesa la banasta y saca del bolsillo unos pendientes o*

alhaja análoga de algún valor, que ofrece a Rosa. Ésta, tras alguna vacilación, coge el regalo, y, rompiendo a llorar, desaparece por la derecha.)

ESCENA III

Bernarda y **Juan**

Juan.—¿Por qué llora? ¡No quió vela llorar! ¡No quió vela llorar!... No valgo yo pa que se tome pena, ni aunque hubiea desaparecío... Ella es la oveja, yo el corderillo; me ha de llevar aonde quiera... ¿Que al mataero?... Pues ¡al mataero!

Bernarda.—¿Y de onde sacas tú que mi ama quié mandarte al mataero?

Juan.—De na, feguraciones. (*Breve pausa.*) ¿Tú te acuerdas de aquel perro rabioso, que nos echaron los de Romerales y que mordió a tantos del pueblo?...

Bernarda.—Sí.

Juan.—Mordió también al perro del tío Víctor, al canelo.

Bernarda.—No sé.

Juan.—Te se habrá olvidao... como a mí. Pues na más que salí yo de la cárcel de cumplir la quincena, que me ice tu ama: anda, Juan mio, ves a curar al canelo de Víctor, que tie una pata mala; tú que has sío pastor y sabes...

Bernarda.—Y era verdad, que tenía una pata mala.

Juan.—De eso te acuerdas, ¿eh?... ¡Y tan mala! ¡Rota! ¡Como que se la habían roto!... Le tenían al pobre animal—¡más majo que era!—con la pata arrastrando... y con la rabia, en un corral, atao pa que no mordiera a naide más que... al que fuera a curarle la pata. Yo llegué, pero como soy desmemo-

riao, en el camino me se olvidó a lo que me habían mandao, y de que le vi, sin acercarme, le escerrajé un tiro... ¡Pobrecillo!

Bernarda.—¡No sabía mı ama que estaba rabioso!

Juan.—¡Qué había de saber!...

Bernarda.—¡Que se te figura a ti caa cosa...!

Juan.—¡Pues ya te he dicho... que son feguraciones! Y... ahora, ¿es que me habéis recibío como a una fantasma, o me se ha figurao a mí? Y... no era pa menos. Me manda a por las uvas, y... que las tenía el tío Víctor en su casa de Las Oliveras, y... que entrase en la casa, que la puerta está siempre entorná, y... que me metiese pa adrento, pa adrento, sin cuidame aunque estuviera oscuro... Yo mandé a un hombre vagamundo que me encontré; y le dí dinero y un arma y... cerillas, y le ije: "Le pago a usté bien, porque el viaje es de cuidao..." Iba el hombre en ello..., y cuando estaba ya mu adrento, en lo oscuro, oscuro, oyó que le icían: "Pasa, pasa, Juan; sigue too derecho, que estoy aquí... No tengas cuidao." Y el hombre, de que oyó que siguiera, pues se paró, encendió un mixto, y ¿qué había?: una trampa así e grande, abierta delantito mismo de él. Si da un paso más, pues que cae y... ¡na!... Al que le muerde el perro o se cae en la cueva, naide lo ha matao. ¡Él, por no poner cuidao en lo que hace!

Bernarda.—¡No pienses eso, no pienses eso, condenao! Es tu prometía..., tié que quererte.

Juan.—¿Anda? ¿Te figuras tú que creo yo que es que no me quiere? Na de eso; yo ice que empezara a odiarme—no podía empezar por otra cosa...—; y ¡ya te ije que lo uno se cambiaba en lo otro! Pero ha

entrao el amor y aún no ha salío el rencor; y están (*golpeándose en el pecho*) aquí drento, con una pelea que se traen, que el uno tié que matar al otro. Si fuea la Rosa un hombre, había pa quedarse sin saber qué pasaría; pero es mujer, y, cuando una mujer tié cariño y otra cosa en pelea, pues vence siempre el cariño a lo otro, ni más da que sea lo que sea; que el pecho e la mujer da cariño siempre, hayas sembrao lo que hayas sembrao en él. ¿Tú ves un rosal? Le echas agua, le echas aunque sea inmundicia, ¿qué te da?; rosas.

Bernarda.—¿Cómo sabes tanto y no entiendes casi de letra?

Juan.—¡Mira! He visto, he pensao y he callao. A eso no hay cencia que resista.

ESCENA IV

Dichos.—Víctor

Víctor.—(*Por la izquierda.*) ¡Hola, hola! ¿Está ya aquí el novio?

Juan.—Pronto ha venío usté, tío Víctor.

Víctor.—A caballo. No he querido llegar tarde a felicitar a tu prometía los cumpleaños. ¿Estará ya arreglándose para recibir a too el pueblo, que vendrá?

Bernarda.—Sí; está vistiéndose.

Juan.—Se ha metío llorando...

Víctor.—¿Qué tiene?

Juan.—Alguno que la está haciendo sufrir.

Víctor.—No serás tú...

Juan.—No sé. Dichoso quien llega a hacer sufrir a la

mujer; que mujer que sufre por uno, es de uno. ¿No le paece a usté, tío Víctor!

Víctor.—Sí.

Juan.—Pues no lo olvíe usté, que no a too el mundo le sale bien eso de olvidarse de las cosas.

Víctor.—¡No sé por qué dices eso!

Juan.—Ni yo. (*Pausa.*)

Víctor.—(¡Vaya! ¡Éste no se va si yo no me voy!) Tú tiés también que ir a vestirte, que algo te toca e la fiesta.

Juan.—Sí, algo me toca.

Víctor.—Vaya; te acompaño un rato.

Juan.—(*Bajo a Bernarda.*) Quié darme esquinazo pa volver... (*Alto a Víctor.*) Lo que usté quiera.

Bernarda.—(*Bajo a Juan.*) Pues vuelve tú también...

Juan.—(*Bajo a Bernarda.*) ¡Quiá! Déjalo que la hable too lo que quiera... Así, dejándolos hablar, dejándolos hablar, pues... llega un punto en que no tién na que ecirse. (*Alto.*) Vamos, tío Víctor.

Víctor.—(*Despidiéndose de Bernarda.*) Hasta después.

Juan.—(*Despidiéndose de Bernarda.*) Yo me despido... hasta más tarde..., hasta más tarde que el tío Víctor.

Víctor.—(*Al mutis.*) Vamos; anda.

Juan.—No; usté delante.

Víctor.—¡Qué fino te has vuelto!

Juan.—No; es que quieo que vaya usté delante...

Víctor.—Bueno, hombre, bueno; como quieras. (*Mutis izquierda. Primero, Víctor; después, Juan.*)

ESCENA V

Rosa y Bernarda

Rosa.—(*Por la derecha.*) ¿Se van juntos? Quisiera hablar con Víctor.

Bernarda.—Ahora vuelve, mujer; ahora vuelve. (*Ambas contemplan desaparecer al tío Víctor y Juan.*) ¿A cuál miras embelesá? ¡Que ya no sé por quién son las mirás de odio y por quién las de cariño!... ¿Es que le quieres a Juan?... ¿Es que en eso ha parao too el odio que le tenías y el quererle matar? (*Pausa.*) ¡Tú le quieres, le quieres!

Rosa.—¡Calla!

Bernarda.—De tanto fingir quererle, le has querío de verdad.

Rosa.—¡Calla!

Bernarda.—Tié razón él; le odias y le quieres. Le mandas a morir y pué que luego te costase a ti la vida el que él muriera.

Rosa.—No le quiero.

Bernarda.—Sí le quieres, sí. ¡Porque le has visto tan fuerte y tan granuja..., que siempre sale venciendo de too, y de una manera que tú te quedas humillá, asombrá, con ganas de tirarte de rodillas delante de él!...

Rosa.—¡Calla, calla; no sabes lo que dices, calla!

ESCENA VI

Rosa. Víctor, por la izquierda.

Víctor.—Déjanos, Bernarda, un rato. (*Mutis Bernarda derecha.*) Rosa; mala jorná; está receloso.

Rosa.—Sí lo está.

Víctor.—Hay que acabar con él de seguida; ca día que pasa, peor.

Rosa.—¡No hay medio de acabar con él!

Víctor.—Sí que hay uno y bien sutil. El cerezo... (*Acercándose a él o señalándole.*)

Rosa.—¿Qué?

Víctor.—(*Junto al talud, en la parte en que caen tras él las ramas del cerezo.*) Si cae de aquí, ya no lo cuenta; si no lo machacan las peñas, el torrente se lo tragará... Mira, Rosa... ¿Te acuerdas anoche? Me fuí de aquí a las nueve; pues no me fuí. Por si acaso no salía lo de las uvas—como no ha salío—, me puse a apañar el cerezo. Tapándome de ti, no fueras a decirme que lo dejáramos pa otra vez, como me dices ahora toos los días, aguardé a que estuvierais dormidas, dí la vuelta y llegué hasta aquí. En esta rama había unos racimos, ¡mialos!, que dan gloria; y la rama, ¡miá sobre donde cae! Estaba fuerte, pero yo colgué de ella una piedra así de grande, con una soga, y luego otra y otra... Tardaba en troncharse; pero yo aguardé..., y se tronchó, y es una tronchaúra natural; no está cortá con sierra ni con hacha, ni con ná... Es... como cuando se troncha una rama por el peso de un hombre... Y, luego, la coloqué otra vez tan pueste-

cita que, mira, ¡cualquiera se malicia!... Hoy se sube aquí Juan, y...

Rosa.—No; ¡hoy no! Más adelante..., o si no, otra cosa...

Víctor.—¿No lo ije? ¡Ya está hecho! Hoy, hoy mismo, que es ocasión, porque debe feriarte...; hoy, que estarán aquí las autoridades y que la misma justicia será testigo de que se cae él sólo y no hay ningún criminal. ¿Pa cuándo lo querías dejar? ¿Pa después que te hubieas casao con él?

Rosa.—Sí.

Víctor.—¡No, hija!

Rosa.—Verás, Víctor. Juan, ya sabes lo que es mío; y a los ojos de too el mundo... Pues, ¿no será mejor pa ti que, puesto que me ha manchao, lave la mancha, casándose conmigo como manda Dios?

Víctor.—¡Ah!; ¡y se casa contigo y...!

Rosa.—Y entonces lo mataremos.

Víctor.—¡No y no!

Rosa.—Si tiés dinidá, tiés que esperar a que sea yo la viuda de Juan pa casarte conmigo.

Víctor.—Pues, ¡no tengo dinidá!

Rosa.—¡Pues yo sí! Y por eso quió casarme con él.

Víctor.—Tú te quiés casar con él porque... le quieres. Y no ha de ser; que si comprometío estoy yo contigo, tanto lo estás tú conmigo; y de ti ha partío...

ESCENA VII

Dichos. Mártir, Casildo, Mujeres, Hombres. En seguida, **Juan**. Después, el **Juez municipal, Teniente Alcalde, Concejales, Alguacil** y **La hija del Juez. Todos** por la izquierda

Bulliciosamente preséntanse cuerdas de mozas cogidas del brazo o de la mano, grupos de hombres y comadres en conciliábulo. Mártir viene con Casildo.

Casildo.—Enhorabuena, Rosa.

Mártir.—Felicidades. Que de hoy en un año... (*Llega Juan, con traje nuevo.*)

Casildo.—Mira el novio de la festejá, qué majo que viene. (*Preséntanse en pintoresco grupo el Concejo, el Juez municipal y el alguacil. Junto al Juez, su hija.*)

Mártir.—Y las autoridades están aquí también. ¡Mirar qué cuadro!

Juez.—Buenas tardes. (*Rosa se acerca al grupo que entra. Saludos.*)

Casildo.—Una cosa me choca a mí de este Juez municipal. En todas partes el alcalde es el más bruto, sin excluir las capitales. Bueno; pues, aquí lo es el juez.

Mártir.—Es que tenemos alcalde interino. Déjate que nos lo nombren en propiedad.

Casildo.—Sí, es verdad, que ahora estamos sin presidente.

Mártir.—La cencerrá que dió el hijo, costó la vara al padre.

Casildo.—Mira, aquí tienes a tu competidor en refranes. ¿No empezáis ya?

Mártir.—No, si el tío Víctor no ice ahora ni uno; está cambiao.

Víctor.—Yo ¿por qué he de estar cambiao? Yo no es-

toy cambio; que a mí no me pasa na pa estar cambiao.

ESCENA VIII

Dichos. El Pampalpó. Después **Bernarda**

Pampalpó.—(*Por la izquierda.*) Señor Juez, seña Rosa, señor Juan, ¡pan pa el pobre, pan pa el pobre, pan pa el po...!

Juez.—No ha estao mucho tiempo vacante en Villapol la plaza e tonto.

La hija del Juez.—(*Que está junto a su padre, en voz baja, llamándole la atención por lo injuriosas que resultan para Juan tales palabras.*) Papá, papá...

Juez.—(*Sin percatarse.*) ¿Qué, hija? Se quedó vacante por ascenso de...

Hija.—¡Papá!...

Juez.—(*Dándose al fin cuenta.*) ¡Ah, es verdad, sí! De... del que había. Pero no ha habido que anunciar la vacante en el Boletín; de seguida la ha ocupao éste.

Pampalpó.—Pan pa el pobre, pan pa el pobre, señor Juez; seña Rosa, pan pa el pobre. (*Nadie le hace caso.*)

Rosa.—Bueno, hombre, ahora comerás con todos. Bernarda, saca el chocolate.

Mártir.—¿No esperamos a que venga la música? Se ha retrasado un poco porque el primer clarinete está descargando un carro.

Juez.—¡Quiá, hombre, la música pa luego!

Mártir.—Los novios, juntos. (*Colocan a Juan junto a Rosa. Víctor se exaspera más y más, disimulando con gran trabajo. Bernarda viene por la derecha, trayendo una gran bandeja con chocolates y bollos.*)

Juez y varios.—¡Ole, ole! ¡Eso es! (*Ovación al chocolate. La gente se dispone a devorar, pero un imperioso ademán de Víctor contiene a todos.*)

Víctor.—¡Eh, hombre; parece que no seáis de esta tierra! Ya no nos va quedando ni la memoria de lo que hacían nuestros padres, que es sagrá.

Juez.—¿Qué hacían?

Víctor.—Lo que se ha hecho toa la vida, que nunca ha estao segura ni la albahaca en los balcones, ni la fruta en las huertas. ¿No tiene el novio que feriar a la novia con una rama que no sea suya, antes de tomar na de ella?

Mártir.—¡Es verdad! ¡Tiene razón!

(*Voces de aprobación.*)

Víctor.—¡Naturalmente! Juan va a tomar chocolate, pues antes... Aquí hay un cerezo granao, con racimos que no son suyos... en toavía. ¡Que la ferie!

Todos.—(*Menos Rosa, con entusiasmo.*) ¡Que la ferie!

Mártir.—Pero ¿va a feriala a ella con lo que es de ella?

Rosa.—¡Claro!, no está bien.

Víctor.—¿Por qué no? ¡Qué importa! La costumbre es que el novio coja algo que no sea de él, del novio, vamos..., sea de quien sea. ¡No es pa lucrase!

Juez.—¡Tiene razón!

Víctor.—¿No es verdad, señor Juez?

Juez.—¡Tiene razón! ¡¡Y yo lo digo!!

Mártir.—Sí, sí, que la corte un ramo.

Todos.—¡Sí, sí!

Víctor.—¡Claro está!

Juan.—¡Y el más cargao! (*Disponiéndose a subir al cerezo.*)

Rosa.—¡No, Juan, no!

Juan.—Sí, mujer; dejaría yo de ser hombre...

Rosa.—¡No!...

Juan.—Que sí te digo.

Víctor.—Déjelo usté, señá Rosa... (*Aunque Rosa le ha cogido fuertemente un brazo para impedirle subir al árbol, Juan ha logrado desasirse y ya está arriba.*)

Rosa.—¡Cuidao, Juan, a aquella rama no!

Juez.—¡No vayamos a tener que atuar!

Juan.—No pase usté apuro, que yo no le tengo mieo na más que a Dios y a que ella no me quiera. (*Avanza hacia la rama que el tío Víctor hizo desgarrarse.*)

Rosa.—¡¡A esa rama no!!

Juan.—A esa rama tie que ser; la rama más hermosa pa la mujer más hermosa.

Rosa.—¡¡No!! (*Juan llega a colocarse a caballo sobre la rama en cuestión.*) ¡¡Ay!!

Juan.—(*Muy tranquilo.*) No, mujer, no pases pena; ya había yo asegurao la rama, así que amaneció. (*Forcejeando sobre la rama.*) ¿Ves?

Rosa.—¡No hagas fuerza, no!

Juan.—(*Cogiendo el mejor racimo de cerezas.*) ¡Si está más segura que nenguna! ¡Como que hacía buena noche, he estao rondando, y pa ver si el tío Víctor me nesecitaba...; y de que se fué, y vi el destrozo, que me llegué por dos bisagras de mi puerta e calle, y... ¡mira! (*Vuelve a hacer violencia sobre la rama, que se mantiene firme.*)

Rosa.—¡No importa; baja, baja! No te quiero ver ahí... ¡Baja!

Víctor.—(¡Es un duende! No pueo con él... ¡Me deja pa toa la vida en la miseria!)

Juez.—¡Bien, bien; viva Juan!

Todos menos Víctor.—¡Viva! (*Óyese alegre son de la banda municipal, que se acerca al tiempo que Juan desciende del cerezo triunfalmente con el ramo, que ofrece a Rosa. Ésta, retirando el ramo, se une a Juan en estrecho, amantísimo abrazo.*)

Mártir.—¡En buena ocasión llega la música! ¡Ya han descargao el carro! (*Mirando a la izquierda.*) ¡Hombre, Arturito!
(*Viéndole llegar con Arenillas.*)

Rosa.—¡Que se callen esos! (*Por la banda.*)

Juez.—(*Gritando hacia la izquierda.*) No soplar, músicos. (*Cesa la música.*)

ESCENA IX

Dichos, Arturito, Arenillas y **Varios Músicos,** que asoman al final por la izquierda

Arturito.—(*Por la izquierda.*) ¡Oh, qué ilustre Senado veo reunido! (*En orador.*) Amado pueblo de Villapol...

Juez.—(*A Rosa.*) ¿Le aplaudimos o le silbamos?

Rosa.—Esperar a ver a qué viene.

Arturito.—Vengo a traer a usted el nombramiento de alcalde a favor de Juan Berrocal.

Mártir.—(*A Casildo.*) ¿No te dije que sería al más bruto? (*Arturito entrega a Rosa el nombramiento.*)

Arturito.—¿He acertado?

Rosa.—Ahora sí. Aplaudirle. (*Estruendosa ovación a Arturito.*)

Un mozo.—¡Viva don Arturito Garriga, hijo!

Todos.—¡¡Viva, viva!!

Mártir.—¡Y viva el nuevo señor alcalde!

Todos.—¡¡Viva!!

Pampalpó.—(*A Juan.*) Señor alcalde, señor alcalde, pan pa el pobre, pan pa el po...

Juan.—(*Llevándose aparte al Pampalpó.*) Mira, Pampalpó, busca otro oficio, que en éste te va a ir malamente. Te lo dice quien sabe. No eres tú bastante listo para hacer el tonto. (*A todos.*) ¡Y se os ha olvidao el mejor viva: ¡Viva la alcaldesa!

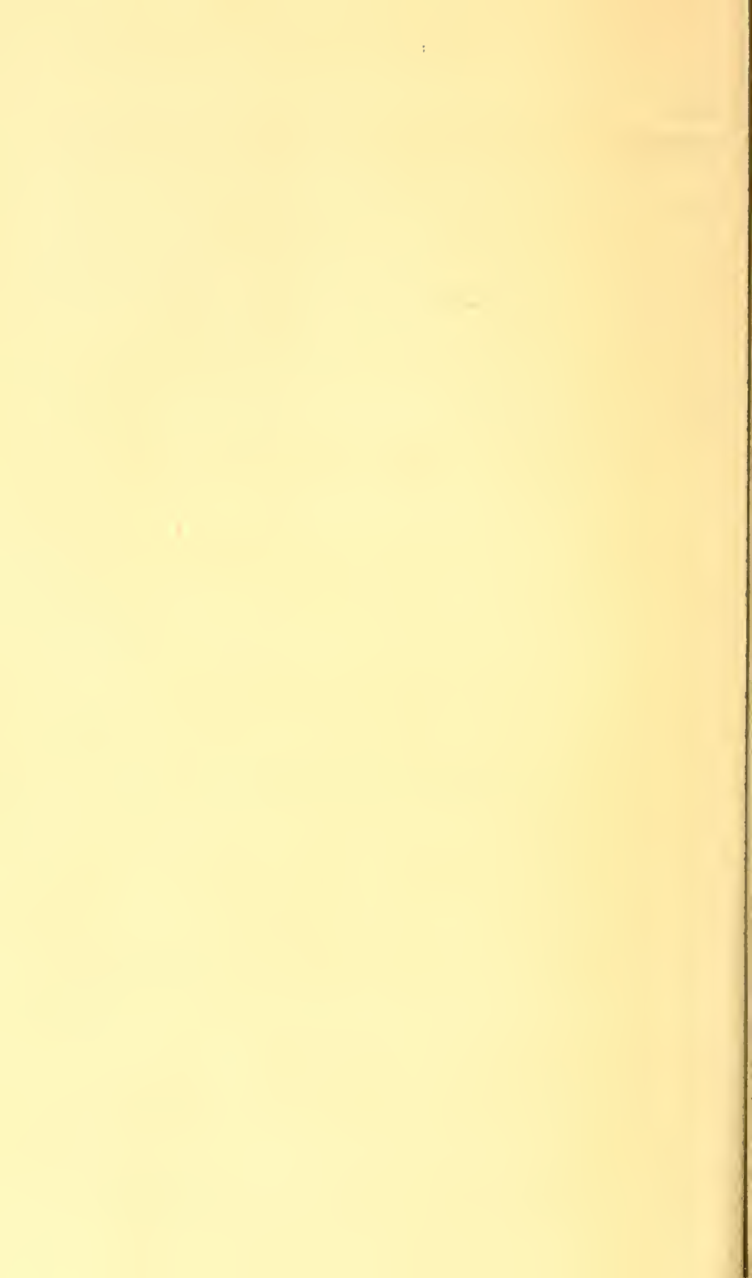
Todos.—¡Viva!

Rosa.—¡Gracias, gracias!

(*La banda rompe a tocar nuevamente.*)

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA



OBRAS DE ANTONIO DOMÍNGUEZ

LA BUENA VOLUNTAD, comedia en tres actos.
EL BUEN ESPAÑOL, comedia en tres actos.
JUAN, EL TONTO, comedia en tres actos.
GLORIA Y FAMILIA, comedia en tres actos.
EL RECUERDO, comedia en tres actos, en colaboración con Arias Carvajal.
EL MAYOR ÉXITO, comedia en un acto.
¡YA SOY UN HOMBRE!, comedia para niños.

LA HERENCIA DE GIL, relato escénico en cuatro actos.

GLORIA AL VENCEDOR, cuadro trágico.

EL SEDUCTOR, sainete con música del maestro Chapí.
COLGAR LOS HÁBITOS, sainete con música de los maestros Lleó y Foglietti.
EL BATEO, sainete en colaboración con Antonio Paso, música del maestro Chueca.
EL CIEGO DE BUENAVISTA, sainete en colaboración con López Silva y Toral, música del maestro Torregrosa.
EL FRESCO DE GOYA, sainete en colaboración con Arniches y García Alvarez, música del maestro Valverde.

LA NUEVA LEY, divagación cómica.
PODEROSO CABALLERO..., engendro cómico.
LOS DOS VIEJOS, zarzuela cómica, música del maestro San Felipe.
NO MÁS NERVIOS, juguete cómico, con música del maestro Fonrat.

EL SÉPTIMO, NO HURTAR, revista con música del maestro Calleja.

¡ABAJO LOS CONSUMOS!, revista en colaboración con Pablo Cases, música de los maestros Quislant y Ruiz de Arana.

JOHN PERES, entremés.

¡SOLOS, AL FIN!, entremés con música de los maestros Ribas y Ruiz de Arana.

RELATOS, colección de cuentos.

IBSEN Y BENAVENTE, conferencia.

HISTORIA DEL PAPA ABDÓN Y DE SU HERMANO GEMELO, novela editada por "El Libro Popular".

EL AMOR Y LOS MICROBIOS, novela galante.

HSTORIA DE GRACIA LA DESGRACIADA, dislate novelesco.

CUENTOS, ARTÍCULOS Y POESÍAS.





Precio: DOS PESETAS

